

BOLETIN

DE LA

BIBLIOTECA NACIONAL DE QUITO

DIRECTOR: C. de Gangotena y Jijón

NUEVA SERIE-Nº 12

SETIEMBRE Y OCTUBRE DE 1927

Talleres Tipográficos Nacionales

BOLETIN DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE QUITO

DIRECTOR: C. de Gangotena y Jijón

Nueva Serie

Número 12

Setiembre y Octubre de 1927

Góngora en América

El conceptismo y el culteranismo en la vida colonial americana

No bien avanza el siglo diecisiete, tropieza uno, al estudiar las características fundamentales del alma colonial, con un escollo invencible: lo enrevesado del lenguaje, lo alambicado de las razones, a tal punto que precisa desnudarse un pensamiento disfrazado, cual si hubiera la intención de acabar con la paciencia del osado que se aventurase por tan empinados y difíciles senderos. Toda América, no sólo el Perú, ofrece semejante espectáculo. Algunos pensarán que ello fue resultado de la servil imitación a la Metrópoli, pero, tengo para mí, que algo más que imitación hubo y que se manifestaba un agudo estado espiritual de la época, ni más ni menos que, en tiempos prescutes, es signo de la postguerra un nuevo alambicamiento, no smtuoso sino anacoreta, no recargado sino cablegráfico. Churriguera y Góngora, por consiguiente, representan no sólo tipos magistrales de los siglos dieciséis y dieciocho, sino que, antes bien, son frutos de él. Trataré de explicarme lo más claramente que me sea posible.

Repito: tómese como ejemplo el Perú, el virreinato de Nueva España, el de Buenos Aires o el de Nueva Granada, la conclusión

es siempre la misma: surge una selva de producciones oropellicas, fofas, blandengues, un **maremagnum** formalista.

Mientras el siglo dieciseis, al asomarse la conquista, se caracteriza por acentos rotundos y por una infatigable curiosidad viajera, el diecisiete agota el ingenio. Si bien es cierto que Gonzalo Jiménez de Quesada y Joan de Castellanos manejaron la péñola, no es menos exacto que Pizarro no supo escribir, y que en la prosa de Garcilaso habrá elegancia, pero no enrevesamiento, y sí, sobra de vigor.

No tomaré, por eso, para estampar un paradigma, a los escritores de los siglos dieciseis y diecisiete que no hayan pertenecido a la primera generación criolla. Prefiero pasármelas sin Gómara, sin Quesada, sin Solís, sin Bernal Díaz del Castillo, sin Palentino, aunque no sin Betanzos, que es este es ya un producto de nuestro medio. Aguardo a que aparezcan los primeros brotes del mestizaje, ese Garsilaso, de quien un espíritu ultramoderno como el de José Vasconcelos dice elogios encendidos, precisamente por ser un mestizo ("Indología" 1926); esos criollo, mezcla de indios y españoles, en los que se revela, vezazmente, la raza. Al revisarlos, uno comprende mejor que nunca la profundidad de una observación de Menéndez y Pelayo: "La literatura americana es literatura colonial, literatura de criollos; no es obra de indios ni de descendientes de indios; si alguno ha habido, si alguno hay en la hora presente, entre sus cultivadores, que tengan ese origen más o menos puro, la educación y la lengua le han españolizado y le han hecho entrar en el orden espiritual de las sociedades europeas."

El siglo diecisiete ve fortalecerse Universidades y Colegios religiosos--los únicos de entonces. La escolástica toma carta de ciudadanía--disculpado sea el anacronismo-- y se afinea el amancramiento.

Sin embargo, sería absurdo renegar de tal amancramiento, sin examinar sus pretensas causas literarias. El Gongorismo, Háma-sele culteranismo por su alarde erudito, o conceptismo por los retorcimientos mentales, que erco, es un fenómeno de admirable abo-lengo, pues sale a romper lanzas contra el prosaísmo que arramplonaba el pensamiento el lenguaje.

Como el dioma descendía directamente de una época de lucha implacable contra el moro, de éste dinamó un jaez de literatura áspera como chocar de hierros, un pensamiento adusto como centinela y, a ratos, licencioso y procaz cual jerga de soldadesca en campamento; un concepto de la vida, como debió de ser el de quienes sentían trascurrir sus días rozándose, codo a codo, con la muerte.

Dulcificó esa rijosidad, la molicie de los moriscos y mozárabes, y, luego, la **morbidezza** que se importó de Italia. Ya el mar-

qués de Santillana había ofrendado unos versos, suyos, escritos en endecasílabos, "al itálico modo". Más tarde, serían Juan Boscán y Garcilaso los que traerían ritmos italianos, el triunfante **sonetti**, la silva frondosa, en que se concreta una emotividad concentrada, que, luego ha de alquitarse y utilizarse en las "moradas" de la Santa anadariega, en los coloquios del Juan de la Cruz, el idealismo empenachado del Quijote el sentencioso y maduro hablar de Gracián, el idealismo auténtico de Panza, la gracia sencilla de Góngora, el de los romances y letrillas, y la reacción posterior de Quevedo, de la que deriva el conceptismo. Pero Góngora pega un salto y proclama las excelencias del buen decir, del alarde retórico, de la musicalidad de la palabra, de la selección de la figura. Emboblecó un idioma que se ajaba, a fuerza de marchar del bracero con Lazarillos, alcahuetes y Buscones bandoleros. América siguió tras de los pasos del poeta cordobés, porque tenía iguales ansias selectivas y porque amaba el rito.

Un continente culterano, esclavo del color y de la forma, tenía que ser ciegamente gongorista.

II

Ya he dicho cómo la imprenta en Lima empezó editando catecismos y sermonarios, y que los escritores, aparte de narraciones históricas, se dedicaron preferentemente a celebrar acontecimientos circunstanciales, como se ve durante toda la era colonial. Dichas obras tienden, en su mayoría, a catequizar infieles, a exaltar insignificantes personajes áulicos, o aprobar, como también lo hicieron el sabio Antonio de León Pinelo y el imaginativo Fernando de Montesinos, que los Reyes de España ejercían su autoridad sobre el Nuevo Continente, en virtud de una directa donación hecha por Dios.

El tono de la literatura en general, sean piezas doctrinales ó jurídicas, crónicas interesadas como la de Sarmiento de Gamboa, poemas o Historias, deja advertir una marcada tendencia hacia el formalismo antesala del amaneramiento gongorino. Así, en hombre tan a las claras como el Apóstol Bartolomé de las Casas, se encuentran razones que de puro alambicadas se emparenta con el conceptismo del siguiente siglo; y en el Padre Acosta, el autor de la "Historia Natural y Moral de las Indias", leemos esta frase significativa: es lícito "hacer todo lo que, sin dañar a los naturales, produjera utilidad a los españoles". Bien se echa de ver que, aun cuando un criterio más humano se insinúa en el afán catequista de antaño, el casticismo puede más que el sentimiento humanitario, la teología más que la piedad, la escolástica más que la justicia.

Pronto hallaron esos teólogos sutiles, maestros en retruécamos, la fórmula consagrada de un nuevo espíritu: "Se acata, pero no se cumple". El día que nació la primera "hostia sin consagrar", o sea la primera Real Cédula, recibida solemnemente, leída atentamente en la Audiencia, pero no cumplida, por no considerarla, los magistrados coloniales, apta para ser puesta en práctica: ese día nació el gongorismo en América. Fue el más grande retruécano de cuantos produjera la literatura virreinal.

III

El año de 1630 marca la entrada oficial del gongorismo en el Perú. Su recuerdo perdurará como una sima. En esa fecha se entronizó oficialmente el gongorismo literario—insisto en este adjetivo, por razones que después se verán—y, por tanto, se dió a la sonoridad una importancia de que carecía antes de entonces. No hay que olvidar, sin embargo, las palabras rituales con que virreyes y magnates españoles en América, sintetizaban el alma de su edad: "Se acata, pero no se cumple". Las demás manifestaciones de culteranismo y del conceptismo, no hacen sino agregarse a aquella fórmula máxima de un espíritu esencialmente formalista.

La historia recoge el nombre del fraile limeño Juan de Ayllón, como el del entronizador definitivo del amaneramiento en el Perú: pero ello no pasa de ser un tropo y nada más. Por tratarse de un renovador, precisa bosquejar aun que sea ligeramente, su personalidad.

Fray Juan de Ayllón, carece de biografía, si nos atenemos al "Diccionario histórico—biográfico del Perú" de Mendiburu, pues no vale la pena considerar como tal, los dos renglones que le consagra. Debo, pues, apelar al propio Ayllón para conocer algo de su existencia. En el curso de su célebre "Poema a los Mártires del Japón", consigna algunos datos autobiográficos. Ellos dicen que era oriundo de Lima, nacido hacia 1604 ó 5; que en 1629 estudiaba Teología a la par que componía su poema; que pertenecía al convento de San Francisco, y, en fin—revisando otros libros coloniales—encuentro que el fraile escribió, además, composiciones laudatorias en las siguientes publicaciones: "Arte de la lengua yunga..." por el trujillano Fernando de Cabrera, 1644; "Relación de las fiestas celebradas por los franciscanos de Lima al colocar en su templo la imagen de la Virgen de Aránzazu", 1646; "Jardín Celestial y Divino....." por Fray Antonio de Solís, 1649; y "Sermon que se predicó en la fiesta del patrocinio de la Virgen Santísima Nuestra Señara....." por el doctor Diego de Hontón, 1662. Tal la última noticia del entronizador del gongorismo en la literatura peruana. Tenía, a la sazón alrededor de cincuentiocho años.

La obra en que rindió culto ferviente al amaneramiento, se titula "Poema de las fiestas que hizo el Convento de San Francisco de Jesús de Lima a la canonización de los Veintitrés Mártires del Xapón, seis religiosos y los demás Naponeses familiares que les ayudaron; declarados de Su Santidad por Religiosos de la Tercera Orden de nuestro Seráfico Padre S. Francisco.....", 1630. Consta el tal poema de cuatro cantos, divididos en 252 octavas. De diversos pasajes del Poema entresaco los siguientes versos sueltos, para que den una idea del enrevesamiento usado por el desaprovechado lector de las "Soledades"

Los dulces que inspiró doblando el gusto
Apolo versos a mi culta Lyra
Quando el Alba nos dé su tez de rosa.....
.....
La jovial, si lastimosa vista
De veintitrés en púrpura bañados
En la gloriosa del Xapón conquista
Sacros de Marte, de Belén soldados.....

Discípulo de Góngora, del Góngora amanerado, sin su altísima inspiración, tiene versos en los que recuerda el cordobés. Así don Luis escribe en la "Soledad Primera":

Júpiter mejor que el garzón de Yda.....
Y ayllón:

Más bello es cada cual que el Garzón de Yda....

Desde luego, el Poema de Ayllón no fija, como dicen algunos críticos, la entrada del gongorismo en la literatura peruana. Es, simplemente, una estancia curiosa y novedosa. El gongorismo era ya ambiente, no solo en el Perú, sino en España y las demás colonias hispanoamericanas, en las que la reacción gongorina coincidió con la muerte del cordobés. Aunque Cervantes elogiara, en cierta ocasión las "estancias polisemas", y Jáuregui las atacara de nodadamente, en vida de Góngora es lo cierto que la mayor actividad en torno a su escuela ocurrió a raíz de su muerte, acaecida en 1627; y acreció en el siglo siguiente. En otro estudio me refiero a algunos detalles de esta lucha, pero siempre debo recordar aquí, que las más duras campañas de Quevedo, Lope y Calderón, rodearon la última parte de la vida del Poeta y que sus discípulos y enemigos alzaron el tono, en cuanto desapareció del escenario.

En el Perú, verbigracia, sería imperdonable omisión, dejar sin nombrar a otros rimadores culteranos contemporáneos de Ayllón o más tardíos. El fraile Fernando de Valverde, autor del "Santuario de Nuestra Señora de Copacabana en el Perú" (1641), de un

poema titulado "La Casada Santa" un libro de filosofía escolástica, varias "relaciones" de fiestas y exequias y de una renombrada "Vida de Cristo" (Madrid, 1669): y el igualmente limeño Fray Adriano de Alecio, autor del poema "El Angélico" (Lima, 1645), son dos muestras de la influencia del alambicamiento literario. De este Alecio, harto conocido desde ya, afirmó un glosador eclesiástico, desde las columnas de "Mercurio Peruano", en 1923, que nadie se había ocupado de él. Por cierto que Alecio Poseyó frescura e inspiración, pero le desnaturalizó el gongorismo. Como ejemplo citaré una de las infinitas quintillas de su libro, en la que celebra al padre Acosta y dice:

De perlas, Acosta es hilo
siendo de conceptos Nilo,
y de lugares Tesoro:
En fin, su pensar es oro
y esmalte su culto estilo.

Paso por alto a rimadores y prosadores de peor estilo, para detenerme en uno de los mejores escritores del Perú, Juan de Espinosa Medrano, el **Lunarejo**, autor del más ferviente "Apologético" de Góngora, celebrado por escritores de todos los tiempos, apesar de que lo escribió en un rincón del Perú y en el año de 1662.

Espinosa Medrano merece un párrafo aparte y le dedico, además el estudio que va enseguida --por los altos quilates de su estilo, y por su personalidad sugestivísima. Indio neto, hijo de indios, criado en las entrañas de Mollebamba, era oriundo del pueblecito de Calcauso--alternó las labores de labriego con las de monaguillo, y por su talento mereció ser educado en el Colegio de San Antonio Abad del Cuzco donde sobresalió, hasta el extremo de que pronto alcanzó notoriedad enorme. Escribió versos latinos, quechuas y castellanos desde los catorce años; era músico; gran orador más tarde; se representaron Autos suyos en Madrid y Nápoles, y, en fin, logró la celebridad no sólo por sus Oraciones sagradas, sino por su "Apologético de don Luis de Góngora, contra el Portugués Faria y Sousa", libro en el que hace gala de un estilo vivísimo, cuajado de erudición graciosa y leve, de imágenes brillantes, y, pese al amaneramiento ambiente, de una sencillez que habla muy alto de sus méritos de escritor.

A partir de aquella fecha, el gongorismo domina en la Colonia. El "Apologético de Góngora" fué reimpresso en subrepticia edición, en Europa, el año 1694 --según apunta agudamente Romero--y tuvo una resonancia superior a las obras de su tiempo. Gran prosador, el doctor **Lunarejo** merece ser salvado del olvido por su talento, su personalidad clara y por su estilo admirable.

Los escritores que le suceden no son espontáneos como él. Cual más, cual menos, se internan por los vericuetos de una retórica hojarascosa, ya prefiriendo las galas culteranas, ya los alambicamientos conceptistas.

Así es como vemos surgir, en la alborada del siglo dieciocho a los rimadores de la Academia de Castell-dos-Rius, el virrey que quiso llegar a la inmortalidad como poeta y Mecenas, y cuyas reuniones en Palacio nos han legado un centón que corre impreso bajo el título de "Flor de Academias". De él, apenas se salvan algunas composiciones del licenciado Cascante y unos romances del limeño Bermúdez de la Torre y Solier, personaje de campanillas, varias veces Rector de la Universidad de San Marcos.

Peralta y Bermúdez y el conde de la Granja compiten en rebuscamientos y rarezas verbales. De Góngora sólo queda en ellos, el afán de la erudición pagana, y cierto leve culto a la forma. No cayeron en la cuenta de que las trasposiciones de Góngora buscaban una armonía fugitiva y un ennoblecimiento en el idioma, ajeno a las alcahueterías de Lazarillo y de Buscón. Por parecer raros y cultos, no faltan quienes escriben poemas bilingües. Y eso que ocurrió en Perú, lo vemos también en Argentina, según se advierte en algunos ejemplos que cita Ricardo Rojas. Nuestro jesuita Rodrigo de Valdez, se lanza a escribir un "Poema Heroico-hispanolatino. Panegírico de la muy noble y Leal ciudad de Lima" (Madrid, 1687,) que más tarde tratarían de igualar en extravagancias, los preclaros ingenios de Peralta y el Conde de la Granja, si bien con más vuelo y mayor cultura.

Signo de esta etapa formalista y amanerada es la manía de convocar a concursos y certámenes. La literatura de entonces tiene por característica la de ser una literatura "mandada hacer". En los colegios de jesuitas mexicanos, se recitaba forzosamente, en cada festividad, poemas de Góngora, pero de Góngora culterano. Ni sor Juana Inés con su enorme personalidad, se salvó del enrevesamiento. Un noble espíritu mozo, ido en temprana hora, Ripa Alberdi, lo notaba sesudamente hace pocos años. El vendabal gongorino achata las individualidades. Como la literatura florece oficialmente,—cual si obedeciera a una Pragmática Real,—los escritores se lanzan por la senda formalista, que tan bien concordaba—por su colorido y su sonoridad,—con el fácil deslumbramiento criollo.

Sólo, al margen de las Academias oficiales y particulares, al margen de los certámenes y concursos, despunta una literatura original. Aparece la vena criolla, zumbona y aguda en Caviedes, del mismo modo que se había mantenido heroicamente, fuera del culteranismo exagerado, en el Lamarejo. Mientras los cantares populares—qué copia de sátiras y donaires anónimos recibe el virrey Castelfuerte,—resisten a la moda, en los mismos escritores oficia-

les, se inicia un movimiento en pro del equilibrio. Peralta, con ser un paradigma de gongorinos, revela, a veces, cansancio de aquella tensión espiritual, y se desmaya en oportunos prosaismos. Un leve afrancesamiento, templó la abundante vena española. En contacto con otras culturas, cuando llegan "navíos de permiso" y el comercio entreabre sus puertas, la cultura colonial sufre estremecimientos inéditos. Agoniza el siglo dieciocho, y ya se vislumbra el florecimiento de un nuevo espíritu. Reina alguna inquietud, más que eso, curiosidad por los temas nacionales. Y ese nacionalismo incipiente, que se demuestra con la aparición de una prensa peruana, una ciencia peruana, una Escuela de Medicina, viajeros peruanos que exploran los ríos orientales; ese espíritu nuevo que se incubó desde el 780, cuando Baquíjano pronuncia su oración protestante en el recibimiento del Virrey Jáuregui y Tupac Amaru levanta sus meznadas en el sur, mientras que los comuneros neograndinos, combaten a las fuerzas virreinales; esa inquietud, presta energías para reaccionar contra el formalismo. Recién advierten los colonos que bajo la capa retórica, bajo lo culterano de la literatura, palpita una aspiración unánime. Que la pluma se ha hecho no sólo para pergeñar campañudos períodos, sino para despertar agitaciones profundas, pues, como decía el Lunarejo, lo mismo sirven las plumas para formar las alas que para fabricar plumeros. Y plumero y no otra cosa fué la pluma que esgrimió nuestro gongorismo, carente de las aristas de Córdoba. En Góngora la trasposición, el alarde culterano, fué señero, gallardía de escritor insigne, gala de espíritus sutilísimo. En los continuadores,—especialmente los ultramarinos,—no pasó de un remedo simiesco, agostador de personalidades.

IV

El amaneramiento se distinguió por su unanimidad en América. Quizás el lector curioso querría conocer algo más, acerca de esta afirmación rotunda y global. Para él van los apuntes siguientes:

En Ecuador, como en Perú, cundió el gongorismo. Me baso en los testimonios de León Mera (*Ojeada histórico-crítica sobre la Poesía Ecuatoriana*, ed. 1893), Pablo Herrera (*Ensayo sobre la literatura ecuatoriana*), Gonzalo Zaldumbide (*Revista Jurídica*, Quito) e Isaac Barrera (*La Literatura ecuatoriana*, 1924). Herrera no vacila en declarar que los literatos del siglo diecisiete "generalmente carecían de buen gusto". Reconoce, así mismo, que pesaba sobre el colono la triple tiranía del magnate, el soldado y el fraile, y bajo tal fatalidad, gran milagro fué que, en cualquier forma,

manifestara sus ansias de libertad y de belleza. Mera exageradamente sectario, asevera que, mientras en España había una "selva de aves canoras", "América" resultaba una inmensa mazmorra, un lugar de maldición". Probablemente olvidó, en el momento de escribir tal, la existencia de Garcilaso, Ercilla, Hojeda, Sor Juana Inés, Lamarejo. Por algo, la literatura ecuatoriana empieza, precisamente, en pleno auge gongorino.

Un famoso literato de ese país, fray Alonso de Peñafiel, escribe esto que trasunta, a las claras, la influencia del culteranismo:

Alma, región a donde vuela y pára,
mi pensamiento, y ve de allá seguro
El peligroso rumbo que yo sigo,
Veces mil te bendigo,
Y mil a mil al Arquitecto adoro,
Que esa tan rociada
cumbre de gotas de oro
del seno de la nada
sacó, y sustenta este edificio inmenso
de aquella imán de su virtud supenso.

.....
Las obras de aquel dedo soberano
Que ya en papel de piedra ha sido pluma.

Lope menciona en su "Laurel de Apolo" a doña Jerónima Velasco, literata ecuatoriana, representante femenino del gongorismo; y fueron también exponentes de la escuela, los quiteños Francisco Mosquera; José Lizarazu, el licenciado Juan de Oviedo, don Cristóbal de Arbildo; el capitán Juan de Escalona, "insigne culterano"; el padre Cárdenas, quien, a semejanza del jesuita Valdez a que me he referido, escribió en jerga hispanolatina; y, en fin, el guayaquileño Jacinto de Evia, célebre hombre de letras acerca del cual se ha escrito bastante y que ha dejado obra hecha.

Evia dió a la estampa, en Madrid, en 1674, un "Ramillète de varias flores poéticas", reuniendo allí, composiciones propias y ajenas, entre éstas; las del jesuita Antonio Bastidas y de Hernando Domínguez Camargo, famoso bogotano, maestro de Evia, inbuído totalmente en el amaneramiento ambiente. Son de Camargo estos preciosísimos:

Corre arrogante un arroyo
Por entre peñas y riscos.
Que enjaezado de perlas
Es un potro cristalino.

Es el pelo de su cuerpo
De aljófar tan limpio y claro.
Que por cogerle los pelos
Le almohazan verdes mirtos.

Evía, por su parte, no quedó a la zaga de su maestro Camargo, y así le vemos escribir, aparte de algunos versos donosos, una Canción altisonante y estrambótica, digna de figurar en una Antología de oscurantismos:

Adonis bello, aquel glorio empleo,
No de Chipre deidad, deidad mentida
Si del amor eterno que en su llama
El corazón de hielo logra vida:
Adonis, si imán antes del desco,
Blanco ya del rigor, puro se aclama;
Que en un tronco le inflama
Proserpina cruel, Marte envidioso,
El Plutón orgulloso,
Y eso---tras fieras del Averno oscuro
Con que aliento puro
Que candores rozó el primer instante,
Negra sombra le huella ya triunfante.

Y no sólo los poetas, hombres de ciencia como nuestro Perálta, como el guayaquileño Fray Bautista Aguirre, nacido en 1725, cultivan el amaneramiento, significando que ello obedecía a algo más hondo que una simple moda, a necesidades espirituales profundas, a íntimas consonancias entre la época y su expresión.

Tampoco se libra Colombia de la influencia culteranas. Vergara y Vergara en su "Historia de la Literatura en Nueva Granada" (2^o ed. Bogotá, 1905), a pesar de que, carente de los métodos de crítica moderna, no dió la debida importancia al gorgorismo, nos permite coconocer ciertos detalles de cómo cundió el amaneramiento entre los escritores de su tierra.

Uno de los primeros culteranos con quien tropezamos ahí, es el ya mencionado Hernando Domínguez Camargo, el maestro de Evía. Por los retazos que trascribe Vergara, se ve que no siempre practicó el culteranismo y que en algunas veces acertaba con rasgos de feliz ingenio. En cambio, en su "Poema de San Ignacio de Loyola" (Madrid 1666) encuéntrase tal número de parafasis y violentas trasposiciones, que basta citar una octava, para darse cuenta de los quilates de su amaneramiento:

Su hermosura a los rayos de la Aurora
Y al mismo Sol eclipsa por su exceso
Si bien su edad su pompa abrevia ahora,
Como el botón compendia, bien que ileso.
Su esplendor a la rosa, dó el Aurora
Cicatriz al carmín le rompió preso:
Y pestañeando la pupila hojosa
La que nudo durmió, despertó rosa.

Por algo escribía Vergara que en el siglo 17 y mucho más en el 18, no hallamos (en Colombia) sino retruécanos, afectación y frases puestas en tortura para que no cometan la simpleza de dejarse entender. Ambos siglos son culteranos: Góngora, que nació en 1627, los había inficionado; y en el siglo XIX no veremos que hayamos sido más felices, cambiando el gongorismo por el galicismo" (p. 105).

Es verdad que, en ese tiempo por la falta de imprenta no surgió un escritor, aun gongórico, que alcanzara un relieve especial. La escasez de la población tampoco favorecía, una aparición así. Cuando escribía el historiador Piedrahita, los habitantes de Bogotá no pasaban de tres mil; entrado el siglo dieciocho, apenas si llegaban a diez mil.

Por esas mismas razones, el culteranismo perdura ahí extraordinariamente. En 1739, el Alférez don José Nicolás de la Rosa escribe su "Floresta de la Santa Iglesia Catedral de Santa Marta", publicada tres años después; y, antes de empezar el texto de su obra, aparece la corte de loadores, alguno de ellos tan disparatados.—D. Francisco Antonio de Olaya y Merejón—que se vanaglorian construir octavas con acentos y números de sílabas caprichosas.

Felizmente, ya desde antes de aparecer la "Floresta", algunos clérigos inician la reacción en pró de la sencillez. Uno de ellos, Fray Martín de Velasco, no vacila en escribir en su "Arte de Sermones" (1675): "Ultimamente cualquier predicador, sea de la edad y grado que fuere, si desea acertar en esta materia y alcanzar el verdadero modo de la elocuencia, debe saber que lo principal consiste en no mudar a las cosas el sér que tienen, no haciendo fin de los medios. . . . ¿Es el fin de orador darse a entender por medio de las palabras? Pues no haga fin de las palabras, haciendo ostentación de términos para que no lo entiendan. ¿Es el fin agradar? Pues atienda más a decir las cosas que a las palabras con que las dice. Y entienda que entonces habla mejor, cuando habla con más propiedad y verdad, **porque el que predica no debe servir a las palabras, sino las palabras al que predica**".

Lástima que este teorizante de la sencillez pecara, precisamente, de amaneramiento.

En México el gongorismo cundió de tal manera, que aparte de acudir a los datos consignados por Menéndez y Pelayo, basta hacer esaltar que la "Décima Musa", Sor Juana Inés de la Cruz, obedeció en parte de su obra, a la corriente de la época, como lo hace notar Ripa Alberdi. Y que los jesuitas habían prescrito, que en las festividades de sus colegios, se recitara siempre, como número obligado, poesías de Góngora, pero del Góngora de Polifemo y de las Soledades.

No insisto en el gongorismo, tal como cundió en Argentina, ya que recientemente ha escrito sobre él, Ricardo Rojas en su "Literatura Argentina". Me limito a citar el nombre de Tejada, célebre poeta de entonces, en cuya obra escrita treinta años después de la muerte del Gran Cordobés - encuentra el crítico argentino marcadas analogías gongorinas, además del acento culterano de muchas otras de ellas (tomo 3º, 487), y la serie de composiciones de certamen citadas en el siguiente volumen de la misma "Literatura".

No son necesarios mayores apuntamientos para fijar el carácter pirotécnico y verbalista de la literatura colonial, a partir de la muerte del poeta Cordobés. Pasa el fragor de las prosas bélicas y de los roncros poemas de la conquista. Ni un Ércilla, ni un Hojeda, ni un Castellanos, ni un Garcilaso, ni un Balbuena, surgen ya. La teología enrevesa más esos espíritus, llenos de sofisticuerías y silogismos. Por algo, se ha dicho que el virreinato corresponde exactamente a nuestra Edad Media. Una Edad Media, a la que, por cierto, no conviene el célebre verso verleniano:

Le Moyen Age enorme et delicat.....

V

Aparte de la literatura, el culto a la forma, este culteranismo que yo creo innato en esa edad y consonante con nuestra idiosincracia colonial, se manifiesta en los demás aspectos de la vida y la cultura de siglos XVII y XVIII. Entre Góngora, Churriguerra, Santo Tomás y el Sútil Escoto, plasmaron, simplemente, las tendencias adormidas de los criollos enamorados de la forma brillante y del concepto intrincado.

Nuestro Lunarejo, el célebre Espinosa Medrano, autor del "Apologético de don Luis de Góngora" era un tomista insigne. "El Angélico" se denomina el poema de Adriano de Alecio, dedicado a cantar la gloria del doctor de Aquino. La escolástica se une, por consiguiente, al culteranismo, hasta formar un todo. Culteranos conceptistas y tomistas, lo mismo da en esa época, no obstante la distancia que media entre estos tres términos. El Lunarejo, flor y nata de gongorinos, así como propugna la forma culterana del Maestro de Córdoba, escribe, a veces aforismos que parecen arrancados de Gracián. ¿No recuerdan pasajes de "El Héroe", las frases del Lunarejo, en donde dice: "No hay felicidad sin sobresalto, gozo sin susto, júbilo, sin pensar. No hay deleite sin riesgo, flor sin veneno, ni vida sin muerte. ¿Todo lo dije ya? Amagos de sepulcro ¿a qué robustez no atemorizan, qué placer no aguan, qué prosperidad no turban? Universal asombro es la muerte de todo lo viviente; notable su tiranía...."

Los sermones de "La Novena Maravilla", coleccionada por un discípulo devoto, muestran párrafos conceptistas de Espinoza Medrano, en tanto que su "Apologético" presenta, antes bien, al culterano. Los demás maestros de la época no se salvan de la influencia gongorina. Nicolás de Olea y José de Aguilar, florecientes en la segunda mitad del siglo diecisiete, rinden pleito homenaje al alambicamiento. Especialmente, Aguilar, realiza considerable esfuerzo por orientar a la juventud de su tiempo, si bien su filosofía, con un simplismo conmovedor, cree que los cuerpos todos están constituidos por los cuatro elementos primarios: tierra, agua, fuego y aire; tanto que el sér contiene tres propiedades metafísicas: unidad, verdad y bondad. Casi un siglo más tarde, Pedro de Peralta, no contento con sus producciones literarias, tratará de perpetuarse con una "Pasión y Triunfo de Cristo", en la cual estampa frases como ésta: "Parecerá extraño que escriba este libro. . . Pero considerándome más arrastrado que aspirante, y más impelido que deseos, he tenido por destino la elección y por éxtasis la aplicación". Y pensar que a Peralta le persiguió la Inquisición a causa de este libro.....

Todos, los maestros y los discípulos, los poetas y los bailarines, los historiadores y los teólogos, los arquitectos y los simples particulares, padecen del "mal de siglo". No sólo es ya la influencia de España. Es la tiranía del ambiente, porque el amaneramiento y el alambicamiento, o sea culteranismo y conceptismo, llevados al grado sumo a que se llegó entonces, tenía causas profundas y razones trascendentales.

El mundo entero atravesó por una crisis formalista en aquel tiempo Inglaterra tuvo también su gongorismo en el eufuismo, y su Góngora en Lilly. Cuando éste, hacia fines del siglo dieciseis, pu-

blico el "Euphuus", comenzó en las Islas la moda de la dición elegante, del rebuscamiento verbal, al cual se dió el nombre de eufuismo.

No se libró Italia de aquella moda, y fué Marini, uno de los que entronizaron el Marinismo, puesto en boga a principios del siglo diecisiete, casi sincrónicamente con el Gongorismo.

Francia tiene su "siglo de Luis Catorce", robándole el término a Voltaire, y la ceremonia en lo político, la etiqueta que instauró el Rey Sol, la literatura preciosista de muchos escritores contemporáneos, significó movimiento semejante al gongorismo.

¿Por qué extrañar, entonces, que el Gongorismo cundiera de la manera que cundió? Góngora, personalidad descollante, está casi aparte del movimiento que lleva su nombre. Góngora es una alta individualidad, robusta y enorme, a la que no debemos culpar de extravíos falaces. No hubo peores enemigos de Rubén que los rubenianos. Siempre la actualidad del consejo de Wagner a Augusto Holmes: "Ante todo no imitar."

Correspondió, pues, el gongorismo a una necesidad vital de ese siglo, y le culpo a Góngora ser, nada más que el revelador de aquella necesidad. Su ejemplo quedó desvirtuado pronto, entre la turba multa de imitadores, pero ello reveló la potencia de su personalidad, la oportunidad de su aparición y reivindicó el idioma, sacándole de la prosa en que generalmente, yacía hundido.

"Se acata, pero no se cumple", es una forma de alquitarado conceptismo, puesta en uso por los Virreyes y Presidentes de Audiencia: signo evidente de una necesidad unánime, dentro de las clases encargadas del gobierno colonial. He aquí el conceptismo enseñoreado en los dirigentes.

La arquitectura del virreinato, sea en Perú, sea en México, la Capitanía de Guatemala, la Presidencia de Quito, la de Santa Fe o la de Charcas, fue esencialmente, culterana, vale decir plateresca. Churriguerra reemplazó en ese aspecto, aunque un siglo después, a Góngora. Ante las fachadas de las iglesias, llenas de columnas retorcidas en espirales; de adornos moriscos y ménsulas complicadas, se comprende que el alma de esa edad estaba retorciéndose, como las volutas de un incensario, en el ansia de libertarse. Y el alma colonial podría sintetizarse en zahumerio e incienso.

Aparte de los testimonios de Romero de Terreros en "Las Artes Industriales en la Nueva España" (México, 1923), y "La Arquitectura colonial de México" que figura en las "Disertaciones de un arquitecto" por Jesús T. Acevedo, quien contemple serenamente la portada de nuestro San Agustín, los altares y coro de la Catedral y de San Francisco; el púlpito de San Blas y el coro de la Merced en Cuzco; el arte mestizo de Santo Domingo, y la maravilla de encajes pétreos de la Iglesia de la Compañía de Quito; la fachada y el interior de San Francisco de Bogotá; los palacios de

México, convendrá en que ese estilo recargado, no obedeció, simplemente, a moda arquitectónica, sino a necesidades espirituales más hondas. Por allí, habla Vasconcelos de que en la arquitectura mexicana, concurren, no sólo elementos europeos, sino "la grandiosidad tolteca y la profusa decoración tropical de aztecas y mayas". Transcribo la cita, tomada de "Indología, pág. 41, porque quiero insistir en el término "profusa decoración tropical". Si desde la preconquista existió tal tendencia, nada más natural que la mezcla de raza, produjera un avivamiento del amor a la forma, a lo recargado, al fausto. Si sólo se hubiera tratado de una moda, habrían predominado, sólo determinados elementos decorativos, ornamentales; pero lo que prima es el carácter de confusión, de caos, de anarquía, de lujuria formal, grifos, cariátides, ménsulas retorcidas, dragones, inquietud inacabable.

Nuestros escultores y ornamentos, alternan sus figuras de santos, con decoraciones caprichosas. Quizás, es más propio decir que las unen. El púlpito de San Blas y los retablos de las iglesias, lo comprueban. El "Arquero" de Gavilán, surge como un capricho goyesco, trágico, espeluznante, grabada en el rostro y en la actitud, la expresión de una angustia patética.

La danza misma era culterana, retórica, embrollada, formalista. Hay amaneramiento en el pausado vaivén de la pavana y el complicado movimiento del minué. La contradanza se desenrosca muellmente, e impera la ceremonia en el acompasado rigodón. Al bailar parecen ejecutar un acto trascendental, sujeto a una fórmula inalterable. Ni el orador se atreve a violar los preceptos de la Retórica, que manda proceder el exordio a la exposición, y que las pruebas acompañen a la proposición; ni el bailarín consigue sacudir las formas precisas de la coreografía de esa época; ni los poetas abandonan la tiranía de los motivos obligados, bien sea la construcción de un puente o la erección de un hospital, 166 páginas de versos contiene "El Parnaso del Real Colegio de San Martín postrado a los pies del Excmo. señor Conde de la Monclova, Virrey, Gobernador y Capitán General de estos Reynos, etc." (Lima, 1694) y algunas decenas de rimadores se dedican a loar la obra del muelle del Callao.

He citado, adrede, estos casos, y citaré otros más, porque estoy firmemente persuadido de que aunque Góngora no hubiera iniciado su movimiento formal en España, ni hubiese florecido el arte plateresco, las manifestaciones espirituales de la Colonia habrían sido fatalmente culteranas, porque esa era la idiosincracia de raza y época, y porque el aislamiento colonial, creado por el monopolio del comercio, impedía que el Virreinato pudiese encontrar otra senda que no fuese la gongorina. Pero, eso sí, el gongorismo, no tiene casi nada de Góngora. Este fue un poeta lírico exquisito y admirable, a quien se conoce a través de intérpretes sin sensibi-

lidad. Góngora, robusta personalidad, no debe ser mezclado con la desviación gongorista. El reivindicó el valor de la palabra, y, como con cierto reproche dijera Fitzmauricic, dió a las palabras el valor de las ideas: sublime empresa,umbre de orgullo para un artista.

VI

Ya he señalado la importancia de la fórmula encontrada por los virreyes para evitar el cumplimiento de las Reales Cédulas, contrarias a sus conveniencias u opiniones. Recibida la Orden, "inaplicable", el Virrey se la ponía sobre la cabeza, en señal de acatamiento, y pronunciaba la sacramental frase, con la cual quería significar que la tal Cédula era respetada, pero no puesta en práctica.

Es tan sangrienta la ironía, encerrada en semejante procedimiento, que no se concibe cómo duró, si no considerando el carácter esencialmente formulista de la Colonia. Los americanos ignoraban lo que sucedía en el resto del mundo. Ya se sabe cuán peligroso era atreverse a respirar otro ambiente. Lo dice el caso de Olavide. Además, en las historias de la Inquisición por Medina y Palma, se advierte que la mayoría de los condenados eran extranjeros, so pretexto de heregía. Por algo decía La Condamine que en América española, extranjero era sinónimo de hereje. La incomunicación fue arma predilecta del sistema virreinal. Sin ella, la libertad habría amanecido mucho antes.

Los libros estaban sujetos a las grandes taxativas. En el principio, nó. Los Reyes Católicos, en Toledo, mandan, por el año 1480, que "no se pagarán derechos algunos por la introducción de libros extranjeros en estos Reinos; considerando quanto es provechoso y honroso que a estos reinos se traigan libros de otras partes, para que con ellos se hagan hombres letrados". Tengamos presente que esta ley fue hecha para España, pero de todos modos, merece retenerse su espíritu.

Por desgracia, veintidós años más tarde, en 1502, los mismos Reyes Católicos, Fernando e Isabel, restringen la publicación de ciertos libros; mandan que los Presidentes de las Audiencias de Valladolid y Granada, los arzobispos de Toledo y Sevilla, el obispo de Burgos y el de Salamanca, sean los encargados de autorizar la impresión de las obras que se les presentaren con tal fin; establecen rigurosa censura sobre la importación de libros, en una palabra, constriñen temerariamente la producción intelectual española.

Ya en plena conquista y colonización de América, Carlos V amplía los alcances de la ley anterior por 1554. En 1558, Felipe II, intolerante y fanático, amenaza de muerte a los que violen la Real disposición nombrada, o se hagan reos de encubrimiento o

complicidad en tal delito así como en la introducción o venta de libros heréticos y prohibidos por la censura. Ya tenemos amordazado el pensamiento español. Las Colonias ultramarinas, parecen en su soledad.

Largo sería enumerar las disposiciones de 1598, cuando se estableció la obligación de tasar previamente el valor de las obras a imprimirse, así como la multa de diez mil maravedies a los contraventores.

Hacia 1610, la intorancia se torna feroz. Manda que ningún escritor pueda hacer imprimir sus libros en el extranjero, es decir fuera de la Península, y pena severamente a los que sacasen del país, originales de tales obras, destinadas a la impresión en más libre ambiente. Pero, ya América sufría dura ley. Desde 1560, la Corona dispone que ningún americano pueda ocuparse de asuntos referentes a su continente y que no estudien ni escriban sobre la situación en las Indias Occidentales, salvo excepciones precisas.

Al respecto, interesa recordar las vicisitudes que sufrían los "Tesoros Verdaderos de Indias" del dominico limeño Meléndez, quien gastó un dínental en ir a España a imprimir su obra, y, luego, anduvo de la Ceca a la Meca, por diversas ciudades, buscando lugar propicio para llevar a cabo la edición. Fry Gaspar de Villarroel, el quiteño, refiere que su famoso "Gobierno Eclesiástico" estuvo en riesgo de perderse, pues en el viaje a España, naufragó el navío en que iban los originales. Muchas obras coloniales deben de haberse perdido así. El padre Hojeda, fué autor de varias obras, además de "La Cristiada", y en el prólogo de "El Angélico", se alude muchas poesías de Adriano de Alecio. Cabello Balboa parece que escribió bastante, según al decir del anónimo del "Discurso en loor de la poesía". Es probable que toda esa producción se perdiera en naufragios y vaivenes, como parece que aconteció con los "Ratos de Sueca" de Gonzalo Jiménez de Quesada.

Los obstáculos para la impresión se multiplicaban. Basta recordar la odisea de Garcilaso, antes de editar sus "Comentarios Reales". Paz Soldán escribe que la imprenta en Lima sólo dio a la estampa, catecismos y certámenes literarios de carácter oficial. Desgraciadamente, ello encierra una verdad, que aunque parcial, no es por eso menos dolorosa. Todo ocurría según pauta precisa, excepto los terremotos y los asaltos de corsarios. Únicos perfumes de la Colonia, allí estaban la osadía y el azar, rompiendo tanta monotonía.

No es necesario que me refiera a la vida colonial para comprobar cuanto vengo diciendo. De sobra lo conocemos todos. Pero, no está demás insistir en que las restricciones intelectuales traducían también restricciones políticas. Y que la etiqueta y el for-

mulismo eran tan acentuados, que hasta los hijos, en las más simples ceremonias domésticas, tenían que observar cierto ritual añejo. Para conservar ese carácter litúrgico, la Iglesia concurreó con sus más poderosas influencias. La vida familiar contempló detalles mil veces repetidos y llenos de ceremonia y pequeña pompa: la oración, el matrimonio, la colación de grados universitarios, la despedida de la familia antes de recogerse a dormir, las composiciones poéticas, la erección de iglesias, las figuras de la danza, el recibimiento de una Real Cédula, todo funcionó militarmente, ceñido a una disciplina invariable, a un ceremonial rigorista. Durante ese tiempo, la vida discurre como obedeciendo las órdenes inquebrantables de un imaginario y adusto general que es el espíritu culterano. Góngora no fué el causante de ello. Apenas una resultante, y un ejemplar insigne, en quien los defectos se olvidan y el amaneramiento cobra una gracia exquisita.

Por contraposición, surgió el conceptismo. Al culto a la forma pomposa, el del pensamiento. En la pugna entre ambas tendencias, la Colonia halla un medio de aunarlas, y aquí, se adoptó al cordobés don Luis, como numen tutelar de opuestos anhelos.

La ingenua interpretación cronológica, sostiene que el gongorismo murió en Perú a consecuencia de un trascendental sermón del padre Bautista Sánchez, pronunciado en la Iglesia de San Lázaro; sermón desprovisto de inútil hojarasca, sencillo y lleno de brío. En verdad, el culteranismo desapareció de la literatura y de la vida coloniales, en cuanto, al contacto de ajenas culturas, roto el dique del monopolio, los americanos pudieron mirarse a sí mismos y lanzarse por los senderos de la Revolución. Hay que relacionar un poco más la política con la estacionaria vida intelectual del virreinato. Y quede Góngora, en su altísimo sitio de renovador, pero no guía, ni suscitador de extravagancias. Quien coge lo adjetivo, no debe echar la culpa de ello al que, antes que lo superfluo, posee lo sustantivo, lo esencial. Góngora poseyó esto. Los discípulos creyeron que era todo hojarasca, porque de ello habían necesidad sus espíritus formalistas y retóricos, conceptistas y oscuros.

VII

La raza, he dicho, estaba predispuesta a recibir con beneplácito lo decorativo. Criollos, españoles e indígenas, coincidían en su aptitud para dejarse deslumbrar por la forma. Lo vemos en el caso de Garcilaso, quien procura conservar, dentro de cierta parquedad, no poca elegancia y sonoro ritmo evocador. Lo vemos en **Lunarejo**, indígena puro, pero admirador sincero y veraz de Góngora, ya que le sigue en sus cualidades de estilista, y no en sus intrincamientos oscurantistas. Lo vemos, además, en el propio Ca-

viedes, criollo incuestionable, que mezcla a sus punzantes ironías, alambicamientos culteranos, y alguna vez gusta de hacer ostentación de ello.

En verdad, corresponde al extranjero el haber reaccionado contra el culteranismo. Su ocaso coincide con el declinar del ochocientos y las primeras convulsiones. Llegan expedicionarios ilustres y libros peligrosos. El enrevesamiento conceptista y la ornamentación culterana, se refugian en academias y certámenes oficiales, aunque hasta ellos va el clamor inquieto de Baquíjano. Igual que, frente a la teoría providencialista bossuetiana, surgió, para demolerla, la racionalista de Rousseau, y acabó la etiqueta de los Luises, así, entre nosotros, al contacto con las ideas renovadoras, acabó la pompa virreinal. Sobrevivió el sistema pero en beligerancia, y alerta. Consumada la campaña, volvió el culteranismo, un nuevo culteranismo, a enseñorearse en nuestras letras. Porque es signo de los tiempos inmediatamente posterior a la Independencia, la retórica desmelenada y un formalismo declamador y convulso. Y así sigue el romanticismo y las demás etapas de nuestra literatura regidas por la eterna lucha entre culteranos y conceptistas, y por la otra, que despunta y crece cada día, de los que, a espaldas de la retórica que también se entromete en tales menesteres y falsifica un arte mentirosamente llamado vernáculo, meten las manos en la entraña inédita de lo autóctono, y sacan las manos empapadas de humeante verdad.

SEGUNDA PARTE

Góngora y el Lunarejo

La fama del "Doctor Sublime" perdurará tanto como la de Luis de Argote y Góngora. Ya es imposible que desunan sus nombres el artista cordobés y su glosador indiano. Cuantos se internan en la literatura castellana, al llegar a esa forzada y admirable estancia que se denomina "gongorismo", no ocultan su asombro ante el insólito hecho, elocuente como pocos, de un remoto escritor peruano, nacido y criado en las entrañas de la serranía cuzqueña, y al cual se debe sin embargo, las más armoniosa y gallarda apología del padre de las "Soledades". Fitzmaurice Kelly, oteador sajón, no vacila en citar el título de la obra señera de Espinosa Medrano, como "prueba de lo difundido que estaba el gongorismo". Amador de los Ríos, el autor de la "Historia crítica de la Literatura Española" no se atrevió, tampoco, a omitir la cita del Lunarejo. La atención erudita del chileno Medina, se detiene, en dos de sus obras, ante la figura del cura cuzqueño, en tanto que Menéndez y Pelayo estampa frases de elogio, y un crítico de nuestros días, Ventura García Calderón, le llama "simpático prosador en una edad de severos cronistas o de crespos cultivadores de la agudeza, era maestro de simplicidad y una excepción de gracia irónica".

Refiérome, al azar, a tales comentarios, porque es preciso dejar bien asentado, lo que el Lunarejo significó dentro de la literatura peruana, y, aún más, dentro de la castellana. Pues, nada más raro y al mismo tiempo, más significativo, que este indígena neto, indígena puro, hijo de indígenas, crecido entre campesinos de la sierra, nutrido de altura y de soledad de puna, y apesar de todo, tan dueño del idioma, tan superior a muchos escritores, tan

personal que no permitió que el culteranismo hiciera estragos exagerados en su prosa armoniosa y cuajada de giros sugerentes. Siendo un culterano, en veces su personalidad rebasa los moldes de su escuela, y antes bien linda en los dominios del conceptismo. No pocas veces recuerda más a Gracián que a Góngora, o al Quevedo de los discursos morales, en los que pretendió opacar la gloria del cordobés, inútilmente.

Espinosa Medrano, nuestro Lamarejo, no olvida tampoco el quechua y en él escribe mucho. Verdad es que lo usa, a menudo para forjar autos sacramentales al estilo y con alma castellanos. Pero, es también cierto que su manera es tan suya su capacidad tan grande y domina tan certeramente su arte, que algún osado oteador de reliquias literarias peruanas, no vacila en insinuar la posibilidad de que el "Ollanta", pieza autóctona, pase a su estructura teatral castellana, salió de la elegante péñola del doctor Sublime.

Tengo, pues, ante mí a una figura singular, digna de la mayor atención. Huélgome de no parar mientes en ella para componer un estudio erudito, sino que, al par de la erudición, quisiera desentrañar la verdadera mentalidad del Lamarejo. Digo "verdadera mentalidad", porque en el génesis de ella encuentro un drama particular: el tránsito de su espíritu indígena, serrano, al espíritu culterano de la época. Y porque dentro de ese amaneramiento ambiente, conserva su sencillez hasta donde le fué posible, y porque su obra presenta tantas lagunas, y le han comentado tan diversamente, ha llamado mi atención su gesto, indisputablemente uno de los pocos con personalidad auténtica, dentro de nuestra literatura colonial.

Alguno ha dicho, con no poca razón a mi juicio, que Garcilaso, Concolocorvo y el Lamarejo son los tres únicos nombres que merecen perdurar de entre todos los escritores virreinales. Añadiría yo a Caviedes, a Diego de Torres y a Melgar, y aún quizás, como un dato curioso, a la ignorada **Amarilis**. Más, sea cual fuere el "cuadro de mérito", siempre caprichoso, que se formule, lo cierto es que el Lamarejo figura dentro de él y en un lugar prominentemente. Basta para justificar el interés de este boceto.

Biografía de un indio que se volvió español

Juan de Espinosa Medrano nació en el pueblecito de Calcauso, de la doctrina de Mollebamba, en la provincia de Aymaraes. Parece ser que sus padres fueron dos indígenas labriegos, Agustín Espinosa y Paula Medrano. De no haber mediado tal circunstancia, seguramente Juan habría llegado a Arzobispo, o alguna altísima dignidad eclesiástica. Su carácter terrigeno será causa, andando el tiempo, de sus mayores luchas. Por eso le cerrarán

el paso y le impedirán el ascenso. Sin embargo, no hay en sus sermones ni en su Apologético, palabra alguna disonante de malcontento. Está conforme con su suerte, con una resignación enteramente indigna. Y bien sabía, él sin embargo, que era de mayores capacidades que cuantas dignidades se alzaban ante su humildad.

No importa que Menéndez y Pelayo afirme que nació en Lima, ni que Mendiburu, repitiendo a Peralta, diga que era oriundo del Cuzco. Los mejor informados, incluso el anónimo de los "Anales" citados, con vienen en que su patria fué la aldehuela de Calcauso, si bien algunos se limitan a señalar Aymaraes, sin precisar lugarejo: entre éstos figura don Manuel Calderón, un viejito paciente y oscuro, muchos años empleado de la Biblioteca Nacional, proveedor de sabiduría de más de un sabio nacional y que, durante algún tiempo, gozó de la exclusiva sobre el Lunarejo, merced a unos apuntes publicados por don Ricardo Palma, acerca del poemita "El Aprendiz de Rico" adjudicado generosamente a Espinosa Medrano, aunque su autor fue otro Espinosa, cura de Guancarama.

Lo que sí no juzgo exacto es la veracidad de sus apellidos. De indígenas no podía salir un Espinosa Medrano. Probablemente se trata de un patronímico adoptado bien sea por el propio escritor, bien por sus padres -- signo de servidumbre -- como acertadamente insinúa José Gabriel Cosío en carta particular que poseo.

Vivió su niñez en la soledad pueblerina, pero, nunca, ni cuando llegó a estar rodeado de honores olvidó su cuna. Quien le cree un descastado no conoce, seguramente, la jugosa anécdota suya, narrada por el anónimo de los "Anales" y por Velasco en su discutida "Historia del Reino de Quito". Copió el relato de aquel, dejándole su sabor arcaico: "Predicando un día en la Catedral, advirtió que repelían a su madre que porfiaba para entrar, y dijo: Señores, den lugar a esa pobre india que es mi madre. Y al momento la llamaron convidándola sus asientos"... Quien así procedía en su apogeo, no pudo nunca ser un descastado. Indio es el mote de que se enorgullece, al igual de Garcilaso, y, como, él, sin embargo, usó nombre español. Gómez Suárez de Figueroa a menudo españoliza mucho más que el doctor Lunarejo. El uno al fin y al cabo era eclesiástico y sometido a la disciplina de tal. El otro, se volvió eclesiástico, quien sabe si por encontrar un poco de paz para su vida combatida, a causa de su nacimiento mestizo.

En Cuzco, actualmente se conserva la tradición de que Espinosa nació como dejó apuntado, en Calcauso, aldehuela en la hoy provincia de Antabamba (departamento de Apurímac), y que, muy niño, quizás el Obispo Serrada le llevó al Cuzco, prendado de la clara inteligencia del mocito. Como aporte cronológico no omitiré aquí que la probable fecha de su nacimiento es el año de 1629, en lo cual andan conforme la señora Matto, el padre Angulo y García Calderón, si bien éste, incurriendo en yerro de imprenta, señala

1619, apoyándose en lo dicho por la primera. Hay otros, como Fitzmaurice Kelly y Barreda, que apunta el año 1632. En realidad tiene muy poca importancia semejante minucia. . . . sobre todo cuando el propio Lunarejo disipa las dudas al escribir en "Al lector" del Apologético: "quando Manuel de Faria pronunció su censura, Góngora era muerto; y yo avía nacido". Y Góngora murió en 1627.

El eclesiástico que le condujo al Cuzco, después de que Espinosa había sido "monaguillo de la parroquia de Mollobamba"—dice Angulo—le matriculó en el Colegio de San Antonio Abad de la ciudad imperial, y es fama, según apunta el prologuista de "La Novena Maravilla", que a los doce años tocaba instrumentos musicales con acierto increíble; a los catorce se distinguía como un eximio latinista; y, luego, descollaba como un magnífico versificador "en ambas lenguas"; y a los dieciseis años "ya estaba nombrado catedrático de Artes las cuales enseñó con notable aprovechamiento de la juventud", según dice el prologuista de "La Novena Maravilla".

Debió su entrada al Colegio de San Antonio Abad, a la circunstancia de existir becas para "hijos de indígenas", creadas por el Obispo Antonio de la Raya. No sería aventurado presumir que sólo su laboriosidad y su talento lograron que no eran españoles.

El adolescente indiecito—"criollo" se llama él en los preliminares del "Apologético"—sobresalió pronto entre sus compañeros. El admirador del prólogo a "La Novena Maravilla" refiere con cariñosa emoción, que desde entonces era muy habil en la literatura y que "escribía Comedias y Autos sacramentales: de ellos fué uno el del Robo de Proserpina que tanto se ha celebrado". No se limitó a eso. Espinosa sino que, comprendiendo seguramente, que su porvenir estaba en la carrera eclesiástica, o tal vez, dueño de una verdadera vocación religiosa, prosiguió sus estudios en la Cátedra de Artes y Teología del Seminario de San Antonio, y se graduó en la Universidad de San Ignacio de Loyola en Cuzco. Cuando uno recuerda su niñez de monaguillo en Mollobamba y los beneficios que recibió del fraile su protector, no se extraña de que el indígena de Ccalcauso abrazara la carrera de la iglesia.

Ya, por ese entonces, el vulgo le distinguía, no sólo por su talento, sino por un gran lunar—"verrugas" dice Fitzmaurice, o su traductor, allá ellos—que tenía en el rostro. De ahí provino el mote de "el Lunarejo" con que se le conoció, "por averlo señalado Dios con un lunar en la cara como a Domingo con una estrella en la frente".

En 1658 le confían, interinamente, el curato de españoles; del año siguiente data su primer sermón conocido, que figura en sétimo lugar en la colección de "La Novena Maravilla". Es de presumir que en esos días iniciara su tarea de predicador, sólo acabada con su salud, ya que es cierto que el último sermón que conocemos de

él fue pronunciado en 1685, tres años antes de que finalizara su vida.

Ya en la madurez, el 26 de febrero de 1677, es nombrado cura de San Cristóbal. Por aquellos días, parece que había compuesto tres piezas cómicas en quechua y español y muchos versos en latín y castellano. Aparte de esto, pronuncia inúmeros sermones. Se vuelve el predicador oficial, y su estilo cuajado de imágenes, buscadas las más de las veces en la antigüedad pagana, gana para él multitud de admiradores. Refiere el anónimo de "Anales del Cuzco", que cada vez que había plática del Lunarejo, el jesuita Juan de Mena, le decía a uno de sus compañeros: "Padre, coja su manto y vamos a oír cosas que nunca hemos oído". El padre Velasco, a su vez, relata un hecho análogo. Cuando era Virrey el Conde de Lemos—escribe—hubo un levantamiento en el Sur del Perú, y el gobernante juzgó oportuno ir en persona a sofocarlo. Llegado al Cuzco, en donde residía "un Indiano llamado comunmente el Lunarejo por un lunar que tenía en la cara", el Virrey quiso escucharle predicar, pues había llegado a sus oídos la fama del eclesiástico; y que cuando predicaba "era preciso coger lugar con mucho tiempo". Fue ese día, cuando ocurrió el incidente de la presencia de la madre del Lunarejo en el templo según lo he narrado anteriormente. De esta coyuntura se aprovecha Velasco, para arremeter contra Robertson y Paw, historiadores sajones, que negaban las virtudes de la raza indígena.

El 18 de octubre de 1682, se dió la Cédula presentando al Lunarejo como Canónigo, no obstante la terca resistencia que despertaba su exaltación, debido a que era de descendencia netamente india. El talento de Espinosa pudo más que las intrigas de sus enemigos, y que los prejuicios de estirpe y raza. Es así cómo se le ve el 24 de diciembre de 1683, ocupando la primera Canonjía Magistral de Cuzco; en 1684, la tesorería del Coro de la Catedral de esa ciudad y en 1686, asciende a la dignidad de Chantre. No alcanzó el Arcedianato, al cual había sido propuesto— a causa de la oposición que le hacían quienes no veían con buenos ojos el encumbramiento de un indio. El 13 de noviembre de 1688 murió. El anónimo de los "Anales" escribe: "Sábado 13 de noviembre de 1688, murió el doctor D. Juan de Espinosa Medrano, varón eminente en letras y por las obras que dió al público".

Se fue demasiado pronto "por no haber pasado de los sesenta años" se lamenta el prologuista de "La Novena Maravilla"; y en otro lugar estampa esta frase lapidaria que será el blasón imperecedero del Lunarejo: "Fue hijo de sus obras este nobilísimo sujeto". Tal fue la estimación y la admiración que despertó el Lunarejo que Velasco refiere lo siguiente: "Los dominicanos de Lima tienen el retrato original de este Indiano célebre, no menos en santidad que en letras, como lo muestran sus excelentes obras. Está en un bellissimo cuadro que se llama el de los tres doctores, colo-

cado en el gran salón, donde se tienen los actos literarios. En medio está Santo Tomás de Aquino **Dor Angélico**; al lado izquierdo el P. Francisco Suárez, **Dor Eximio**, y al lado derecho, el Indiano Lunarejo, **Doctor Sublime**". Velasco alude en tono semipolémico: "A esto pueden llegar, si consiguen instruirse, las bestias del señor Paw."

El "Apologético" y su época

Aparece el "Apologético" en 1662, como queda dicho. Prueba de sus excelencias y de la aprobación encontrada por do quiera, es que se hizo, poco después y probablemente en Europa, la segunda edición de 1694, en cuya portada se puso, maliciosamente el nombre de Juan de Quevedo, impresor que ya había muerto y que fué el que publicó por vez primera la obra de Espinosa Medrano.

1662 coincide con un cambio completo en el ambiente literario español y americano. El propio Lunarejo insinúa algo sobre ello, cuando afirma, en la dedicatoria de su libro dirigida a Don Luis Méndez de Haro, duque conde de Olivares: "Célebre Francia las que florecen hoy en dulce vínculo de ambas coronas, pues debe a V. Exca. el que Austria aspirase el Suavissimo Austro para fecundidad de los franceses lirios", alambicada frase que trasunta la unión de Austria y Francia y su influencia en España.

Sale tarde a luz. El Lunarejo nació después de la muerte de Góngora ocurrida en 1627, conforme él lo confiesa cuando escribe: "Tarde parece que salgo a esta empresa: pero vivimos muy lejos los Criollos, además que cuando Manuel de Faria pronunció su censura, Góngora era muerto; **y yo no avía nacido**". Coincide, por tanto, con la época de revaluación de Góngora, con la de mayor ardencia en sus discípulos, y la de mayor enconamiento en sus enemigos. Aquellos, los fervorosos publican centones encaminado a esclarecer sus oscuridades y enaltecer su talento. José Pellicer de Salas y Tovar da a las prensas, en España, por 1630 sus "Lecciones solemnes"; entre Francisco Cascales y Martín de Angulo, se traba una polémica respecto a Góngora por los años de 1634 y 35, en las obras tituladas "Cartas filológicas" y "Epístolas satisfactorias". Al año siguiente, o sea el 36, Coronel saca una cuidadosa edición de las obras de Góngora. Pero, en el siglo siguiente, Luzán, el preceptista, encabeza un violento ataque contra el cordobés. Antes, Quevedo, queriendo atacar el gongorismo, había editado (1631) los versos de Fray Luis de León, citándolos como ejemplos de sencillez, pero él mismo se internó, luego, en los vericuetos del conceptismo, como necesaria reacción contra el culteranismo. Gracián siguió los pasos de Quevedo, y hay párrafos en que la desnudez verbal, por expresar solo el concepto, llega a límites de oscuridad incomparables. Un exceso de parque-

dad en la forma produce el mismo resultado que la frondosidad gongórica. Antes de la muerte de Góngora leemos, además, una punzante arremetida, el "Antídoto contra las Soledades" de Juan de Jáuregui, y Lope y, más tarde Calderón, trataron de opacar los méritos del gran renovador, si bien, no pocas veces, incurrieron ellos mismos, en el pecado que cesuraban. Cervantes, en cambio, tuvo frases de encomio para las "estancias polifemas" del cordobés, logiándole en el "Viaje al Parnaso".

Trasladando el escenario a América, no es difícil advertir que el gongorismo, iniciado en vida del Maestro con suma levedad, se acentúa, después de su muerte, cuando los discípulos exageraron la nota del rebuscamiento, sin poseer los altos quilates del modelo. En el Perú, en 1630, aparece el primer Poema netamente gongórico, el del fraile Ayllón, dedicado a los "23 mártires del Xapón", fruto de una juventud ardiente y novelera. En México, Sor Juana Inés siguió, también, los pasos de Don Luis y, además, fué número obligado en las fiestas de los colegios jesuítas, que los alumnos recitasen las "Soledades", según refiere Salazar y Torres, citado por Fitzmaurice.

El **Lunarejo**, pues, no llega ni temprano ni tarde. Aparece en pleno fervor culterano. La literatura del Perú estaba plagada de producciones alambicadas. Ya he dicho, en otro estudio, que el alambicamiento, lo ceremonioso, lo formalista, fué un distintivo de la época, y que, quizás, aún sin Góngora, la literatura virreinal habría sido culterana, ya que no es privativo del Cordobés el movimiento así llamado, sino que trasunto dos aspectos bien distintos de la literatura y el espíritu universales: los adoradores de la forma, o culteranos; los devotos del fondo, o conceptistas.

"El Apologético" aparece, pues, en su momento. 1662 marca, apenas, uno de los años de iniciación del gongorismo en el Perú. Yo no veo por qué ha de ser verdad la frase de García Calderón, cuando insinúa que "sorprende y sorprenderá siempre a los críticos que la más elegante prosa del coloniaje peruano, haya sido escrita en un rincón de provincia, por un cura de barrio, docto en profanas letras y remoto apasionado de Góngora". A mi me parece tan natural como que, precisamente, este mismo cura de provincia, se libre bastante de la plaga que encomia, y su gongorismo, lejos de aventurarse por los vericuetos del mal gusto, se desenvuelva en un estilo impecable, con una majestad mondada y pulcra, sonora y elegante, un tanto erudita y no poco rebuscada, pero sin perder la claridad ni la innata sencillez de su alma indígena, tal cual le hubiera placido al cordobés don Luis.

Su loa, no es desmedida y ciega, ni le lleva a insultar ni bfejar demasiado a Faria autor de un elogio de Camoens, antes que de su diatriba contra Góngora. En un párrafo escribe el **Lunarejo**: "No sé qué furia se apoderó de Manuel de Faria y Sousa, para que

de Comentador de Camoens se pasase a labrador de Góngora: pudiera este fidalgo correr su stadio, y proseguir su estudio sin enturbiar con polvo tan ruin en honrado sudor de su fatiga. Vileza es del ingenio no acertar con los fines del aplauso, sino tropezando en los medios de algún descrédito. Vituperar las Musas de Góngora, no es comentar la Luziada de Camoens, morder para pulir, beneficio es de lima; morder para solo roer, hazaña será de perro. Quando al libro le haga bueno la erudición propia; nunca le haze ni aún razonable el deslucimiento ajeno. De Don Luis de Góngora nadie dixo mal, sino quien le envidia, o no le entiende: si esto último es culpa, pendencia tienen que reñir con el Sol, muchos ciegos”.

Los conocimientos preceptivos del **Lunarejo** se ponen a cada paso de manifiesto y comenta con autoridad las caídas de Faria. “No inventó Góngora—dice las trasposiciones Castellanas, inventó el buen parecer y la hermosura de ellas, inventó la senda de conseguir las. . . . O prodigios del ingenio de Góngora, levantó a toda superioridad la elocuencia Castellana: y sacándola de los rincones de su hispanismo, hízola de corta sublime, de balbuciente fecunda, de estéril opulenta, de encogida audaz, de bárbara culta”. Añade, más adelante, que comparar a Góngora con Juan de Mena, por el uso de ciertas figuras literarias, es “confundir son Sol flamante al candil moribundo”. Cita, único poeta americano a quien nombra, a Pedro de Oña, a propósito de ciertas figuras que copia del “Ignacio de Cantabria”, uno de los indigestos centones de la literatura virreinal, y, a renglón seguido, ofrece trasposiciones tan violentas como las de Góngora, escogidas de Barahona de Soto, Cervantes, El Pinciano, Gregorio Silvestre, Alvar Gómez, etc. Su elogio, en fin, se sintetiza en estos hermosos párrafos, con que cierra su “Apologético”: “Cesse aquí la pluma, cesse ya el zelo de sacudir calumnias, de persuadir escarmientos. . . . Salve tu Divino Poeta, Espíritu Vizarrro, Cisne dulcísimo. Vive a pesar de la emulación; pues duras a despecho de la mortalidad. Coronen el sagrado mármol de tus ceñizas los más hermosos lilijs del Helicón, **Manibus date lilia plenis**. Descansen tus gloriosos Manes en serenísimas claridades, sirvan a tus huesos de tímulo ambas cumbres del Parnaso, de antorchas todo el esplendor de los Astros, de lágrimas todas las ondas del Aganipe, de epitafio la Fama, de teatro el Orbe, de triunfo la Muerte, de reposo la Eternidad”.

Así termina, con tan exaltado loor, el “Apologético” de Espinosa Medrano.

Pero, al lado de los elogios encendidos y de las discretas censuras a don Manuel de Faria, no faltan ciertas arremetidas violentas. En algún párrafo (Sección II) estampa lisa y llanamente: “porque aunque él --- se refiere a Faria --- dice, que tenían medio pie en el Parnaso, supo entender que solo quien tiene todos quatro allá (si a su contacto manaron las aguas Cavallinas) pudo aver da-

do sentencia tan cavallina, y porque medio pie en el Parnaso basta saberio que son Hyperbatones. . . .” En otro lugar (sección III, ya más comedido se limita a ludir a las opiniones de Faria acerca del uso de trasposiciones en la poesía del cordobés y a su constante endiosamiento de Camoens: “Vendenos el generoso Néctar de los versos del Heroyco Portugués, y Poeta insigne Camoens; pero dale, aguado adulterado con la zupia de tanto disparate, como contra Góngora fabrica. . . .” Con no poco donaire escribe, refiriéndose a un soneto de Lope, esta glosa llena de gracia: “Es forzoso el precipicio, siempre de tratarse de bolar quien no ha nacido pájaro: que no bastan plumas para el vuelo, pues aunque dellas se hazen las alas; también los plumeros.”

Espinosa Medrano templa su indignación pronto. Al contendor le reconoce méritos en otros menesteres, que no en los de juzgar la poesía. “En lo que Manuel de Faria y Sousa se hizo dignamente famoso — dice — fueron las Historias Portuguesas. En esa facultad Cronística merece todo aprecio. Pero hizo mal en desvanecerse con ese acierto, y soñarle luego un Homero, quando es más fácil ser buen Historiador que Poeta.”

“El Apologético”, según he dicho, llenó de fama a su autor, tanto que el prologuista de La Novena Maravilla alude a un cierto libro de Francisco Gáñzales Sambrano, titulado “Gloria Enigmática del doctor don Juan de Espinosa Medrano” — citado también por Coronel Zegarra — y añade: “el aplauso que tuvo en Madrid su “Apologético por Góngora”. No lo calle la celebridad que mereció en Roma su **Philosophia Tomistica**”:

En el Perú causó profunda admiración la obra del doctor Lunarejo, colmándole de aplausos, como lo revelan los datos que acerca de sus prestigios de predicador cuentan Velasco y el anónimo de los “Anales del Cuzco”. Significó, además, esta obra de Espinosa, la entronización definitiva del gongorismo y, de ahí en adelante, durante una centuria campeó el culteranismo, aunque, ya a mediados del siglo diecisiete, multitud de sucesos provocan un cambio de orientación en la intelectualidad peruana, y el prosaismo junto con cierta moda galáica, amén de las nacientes inquietudes nacionalista, enrumban la literatura colonial por senderos más de cuerdo con la verdad y con la vida.

Los sermones del “Lunarejo”

Espinosa Medrano, cura piadoso e infatigable, dedicó sus mejores horas a la composición de sermones en los que ganó enorme celebridad. Ya he señalado que el primero de ellos, por lo menos de los que se conservan, fué pronunciado en 1659, cuando el Luna-

rejo tenía treinta años, y el último, tres años antes de morir. Como la colección en que figuran fué póstuma y renida por discípulos fervorosos, no sería aventurado suponer que alguna grave enfermedad amargó sus años finales.

El compilador de los sermones de "La Novena Maravilla" dice que los publicó sin corregir, porque el autor no alcanzó a hacerlo, quizás por algún serio contratiempo que embargó sus postreros años. "Y aunque se pudo ocurrir al remedio --añade, -- es tanto el respeto a tan singular obra, y a Orador tan valiente que tiembla la pluma, se enmudecen los labios, y se agota el papel".

Los treinta sermones contenidos en el volumen -- edición de 1695 7 años después de la muerte del Lunarejo -- nos muestran al predicador recorriendo las iglesias cuzqueñas, llamado para todas las festividades, yendo por distintos pueblos, siempre en són de orador sagrado, seguro de su ciencia, apelando al enorme caudal de sus conocimientos en materia profana, pues llama la atención la frescura con que mezcla anécdotas de la paganidad en los más fervientes elogios a los misterios del cristianismo.

Es así como, en el primer Sermón del libro, no vacila en aludir al "Convite de Trimalción que solemnizó Petronio" (fol. 10). En la "Oración Panegyrica de la feria tercia de Pentecostés, en el Hospital de los Naturales de la Ciudad del Cuzco, con el Señor descubierta. --Año de 1682,--" empieza la salutación en esta forma: harto poco mística:

"En un nevado Risco de los del Caucaço gemía encadenado el audaz Prometeo, y un Aguila voraz le pacía el corazón, cebando en sus entrañas el corvo sanguinolento pico, corazón tan porfiadamente perdurable: que por más que de noche, y día le gastavan tornava a restaurarse, y crecer a la perpetuidad de aquel tormento Mereciólo (dizen) porque subiéndose al Cielo avía hurtado de l rueda del mismo Sol, la inmortal llama del fuego de la vida, traidolo a la tierra, para animar con él cierta Estatuá de barro, qu con primor avía fabricado. Infundióle la llama vivió el barro y quedó hombre. Mentiras tuyas, o Grecia: que el verdadero Prometeo no es si no Christo." (fol. 19).

Su dición elegante, no cabe duda que resalta singularmente entre los prosadores de entonces. Cuando prorrumpe en una gllarda exclamación: "Como te despeñaste relámpago, anochicid tus rayos, difuntas tus luzes" -- (p. 60), se vislumbra al artista que sabe trabajar la palabra con deleite, además de provecho.

Pero, al lado de estas bellezas, surgen giros que parecen arracados de Gracián, de puro conceptistas. Además, es un fervoroso tomista. En un sermón de 1684, en que alaba a su ídolo Santo Tomás, dice: "Ve más Tomás durmiendo que todos los sabios velar

do”; y más adelante: “a Tomás quiero, de Tomás aprendo, a Tomás me voy; no quiero saber sino lo que me enseña Tomás; Tomás diré aunque los filos del cuchillo me amaguen fatalmente la garganta” (Panegírico de Santo Tomás).

Estas declaraciones de absoluto tomismo sublevan a Barreda, quien declara por ellas al Lunarejo “enemigo de toda libertad de pensamiento”. No es novedad. La época ni el ambiente se prestaban a otra cosa. Lunarejo era un buen representante de su tiempo.

Autos y versos del Lunarejo.

Desde muy joven, Espinosa Medrano había descollado, como metrificador “en ambas lenguas”, dice el prologuista de la Novena Maravilla”, y es notorio que su manejo del latín, corría parejas con su dominio del español y del quechua su idioma nativo.

De él como poeta quedan algunos fragmentos. “El Rapto de Proserpina”, tan celebrado en Madrid y Nápoles fué también escrito en quechua y su original lo conserva en Cuzco, el doctor José Gabriel Cosío. La señora Matto copia algunos pasajes de poesías religiosas del Lunarejo, entre ellas el “Canto a la Religión y a la Cruz”, al cual pertenece la siguiente estrofa:

Llimpic chaccha mayo, suchurillay
Chaquiñyta Hasnurispa
Ccapac sachá mallqui, llantuicullay
huatecaita aiquerispa.

Sigue en murmurio, arroyo cristalino
tu curso ameno;
y refrigere tu dulzor divino
mi ardiente seno.

Bajo tu sombra acoge, árbol frondoso
a un pecador;
librame del influjo pernicioso
del tentador.

Pero, nada de ello le valió tanta fama al Lunarejo como cierta pícaro composición “El Aprendiz de Rico”, que le adjudicó don Manuel Calderón, con la aprobación de don Ricardo Palma, y que, como tal repitió Menéndez y Pelayo, no solo en su “Antología” de

1894, sino en su "Historia de la Poesía Hispano americana" de 1913 (postuma), cuando ya había leído "La Imprenta en Lima"— que a menudo cita — en donde se desvanece rotundamente la confusión aquella. Sin embargo, hay quienes repiten todavía el yerro.

La silva "El Aprendiz de Rico" está escrita con soltura y trata de una falsificación de moneda hecha en Potosí, por el Alcalde don Francisco Gómez de la Rocha, según relata Mendiburo y yo he tenido la fortuna de concordar en mis "Poemitas de la Colonia" (p. 163 -66). El poemita lo dedicó su autor al Vizconde de Portillo, y según todas las apariencias se publicó hacia 1653, o poco después. El ejemplar que copia Medina dice que su autor fue "Pedro de Espinosa de los Monteros, cura de Guancarama", (J I I, 452-53). No hay nada que deje suponer alteración en la personalidad del autor. El hecho de apellidar Espinosa, haber sido cura y contemporáneo del Lunarejo, ha dado lugar a la equivocación. Pero, ya sabemos, conforme relata Medina, que el autor de la "SILVA" había nacido en Loja, del capitán de su nombre; había estudiado en Lima en los colegios de San Felipe y San Martín; que en 1627 contribuyó con un soneto en "La Conquista de Antequera", por Carvajal y Robles; en 1628 le nombraron cura de San Gabriel de Guancarama en Andahuaylas y que dió a la estampa una "Demostración fiel" escrita por orden del Virrey marqués de Guadalcázar.

Despojado de la paternidad de "El Aprendiz de Rico, poco queda de la fama poética del Lunarejo. Apenas si una alusión de Riva Agüero acerca de un lugareito en donde supone que escribiera sus versos.....

Pero, Cossío, ha dado un nuevo sesgo a la personalidad de Espinosa. Al suponerle autor del "Ollanta" que poseemos en la actualidad, ha esclarecido súbitamente la recia complexión del cura cuzqueño. Dice él que comparando el original del "Rapto de Proserpina" con el "Ollanta", encuentra muchas semejanzas de estilo, así como con el Uscar Paucar, o Fausto indígena. Yo no veo por qué haya que tildar de descabellada la hipótesis de Cossío, cuando tiene tanto de verosímil como otras tantas suposiciones acerca del drama epónimo. Y más aun, porque efectivamente no es posible ni que Valdez ni Justiniano lo compusieran, ni que quien lo escribió no fuera un profundo conocedor del idioma quechua y de la escena española, cualidades ambas poseídas por el Lunarejo; ni que dejara de estar al corriente de la tradición popular, ya que el argumento de "Ollanta" es absoluta y netamente anterior a la conquista. Sobre este punto no hay duda alguna. El significativo hecho de que Cabello Balboa, en su Historia escrita en 1576, y Miramontes en su Poema, compuesto en 1608-15, se refieran a la leyenda de Cusi Coyllur y de un Príncipe, está demostrando que esa era una tradición muy difundida y que el pueblo la repetía como se

repitieron en Grecia las hazañas homéricas, en la Edad Media las de Carlomagno y el Cid, de Roberto el Diablo y de Sigfried. El Lunarejo, indígena puro, es probable que escuchara la tradición de los trágicos amores de Cusi Coyllur, en su niñez, cuando en la aldehuela de Cealcauso, alternaba las labores de labriego con las de monaguillo, y con esos relatos compuso, en quechua, pero usando métrica y técnica castellanas, la tragedia que hoy nos conmueve, porque, a pesar de su envoltura española, sorprendemos en ella, lampos del más puro indegismo. Y así, exactamente así, fué el Lunarejo.

COLOFON

“Perla caída en el muladar de la poética culterana” le llama Menéndez y Pelayo al Espinosa. Ni lo uno ni lo otro. Ni la poética culterana fue un muladar, que antes sirvió para ennoblecere y enriquecere la lengua; ni el Lunarejo fue una perla caída en parte alguna,—pese al “Apologético”,—ya que su estilo le mantiene libre de culteranismo excesivo, y a menudo lindando con el conceptismo, que es el natural enemigo de aquél.

Fue un hombre de gusto y no renegó jamás de su estirpe. Criollo se llama en los prolegómenos del “Apologético”, e india dice a su madre en cierto sermón, en que él era la figura central. Indio y criollo, es decir nacido en esta tierra, no le ganó el hispanismo, sino en lo que era forzoso transigir para la vida, y quizás porque la devoción echó hondas raíces en su espíritu. Nada hay que écharle en cara, y menos aún en esas épocas de colonial mansedumbre. No tenía misión evangelizadora y sin embargo, si es el autor del “Ollanta” y escribió versos y autos quechuas, bien se echa de ver que no quiso prescindir jamás de su lengua materna, ni renegar de su raza. Garcilaso no escribió en quechua,—salvo quizás una retraducción de los “Diálogos del Amor” del judío Abarnabel,—y su niñez lejos de ser ganada por la persuasiva palabra de un eclesiástico, trascurrió entre combates y al lado de la casa materna, llena de recientes rencores. Sirva esta simple consideración de punto de arranque para una interpretación de ambos escritores serranos. Y sirva, además, para alabar como es sabido a los dos indígenas que mejor manejaron la prosa castellana en el coloniaje, con más vigor y con más sutileza que los propios españoles avencinados en el Perú. Indio devoto y culto, al Lunarejo le gana el culteranismo, porque era el suyo, un siglo formalista. Pero, reflexivo y cogitabundo, en la soledad de su curato, supo aquilatar las excelencias de la meditación, y el conceptismo entenebreció algunas de sus páginas, llenas casi siempre de vivísima luz.

BIBLIOGRAFIA DEL LUNAREJO

Las obras de Juan de Espinosa Medrano que han llegado hasta nosotros, íntegramente algunas y otras por simples referencias, son las siguientes:

- a) "APOLOGÉTICO en favor de D. Luis de Góngora, Príncipe de los Poetas Lyricos de España, contra Manuel de Faria Sousa, Cauallero Portugués, que dedica al Excmo. S. Don Luis Méndez de Haro, duque conde de Olivares. Su autor el doctor Juan de Espinosa Medrano, Colegial Real en el insigne Seminario de San Antonio el Magno, Catedrático de Artes y Sagrada Theología en él. Cura Retor de la Santa Iglesia Cathedral de la ciudad del Cuzco, cabeza de los Reynos del Perú en el Nuevo Mundo. Año 1662".—Al reverso se lee: "Con licencia. En la Imprenta de Juan de Quevedo y Zárate". Vide. Sánchez, "Los Poetas de la Colonia", págs., 166-67, Lima, 1921.

Con respecto a la primera edición del "Apologético" los bibliógrafos han incurrido en errores: Así: Mendiburu (Dice., III, 73) dice que esa edición salió en el Cuzco; Menéndez y Pelayo (Antolog. hisp. amer., III, CCVI-X) da el año 94 como el de la primera edición; Medina (Imp. en Lima, II, 202) duda de que hubiera edición de 1662, a pesar de la afirmación de Conde; Fitzmaurice Kelly (Manual de la hist. de la lit. esp., 131) cree igualmente que la primera edición fue de 1694; Medina (ibid) llama "Apología" al "Apologético" guiándose por Peralta (Lima fundada, Canto VII, oct. CXXVII) (II, 63); Barrera (Vida intelect. de la Col. 229) la llama así también; Prado (El genio de la lengua etc., 62) lo titulada "La Apologética".—Yo (Poetas de la Col., 167) confundí las ediciones del 662 y del 94, tomando como cierta únicamente la primera.

Segunda edición del "Apologético" con igual pie de imprenta, de formato diferente, muy bien impresa el año de 1694. Esta edición ha sido la de mayor circulación. Su aspecto europeo, elzeviriano, análogo al de las obras salidas de las prensas flamencas, hace muy dudoso que sea auténticamente limeña, apesar del pie de imprenta, tanto más cuanto que en 1694, el impresor Quevedo había muerto hacía 15 años. Don Carlos A. Romero, en su "Imprenta en Lima" inédito aún, sostiene que se trata de una edición hecha en Europa y por lo tanto de una mistificación bibliográfica. Creo en lo que insinúa el erudito investigador.

Tercera edición del "Apologético" reimpresa por Ventura García Calderón, *Extrait de la Revue Hispanique*, tome LXXV, New York, París, 1925. Va precedida de un estudio crítico del reim-

presor, en el que hallamos abundantes datos. Se ha hecho tiraje aparte de la Revista.

b) "PANEGIRICO DECLAMACION POR LA PROTECCION DE LAS CIENCIAS Y ESTUDIOS QUE INCUMBE AL SEÑOR etc. MAESTRE DE CAMPO DON JUAN DE LA CERDA Y DE LA CORUÑA, CORREGIDOR Y JUSTICIA MAYOR DEL CUZCO" Mayo 15 de 1664.—Vide J. T. Polo; "Crítica del Dice. Hist. Biogr. del Perú del señor General Mendiburu", art. en "El Comercio" de Lima, 13 de abril, de 1878. García Calderón cita esta obra, pero sin fecha. Antes la nombró Calderón en "Un poemita del Lunarejo".

c) DISCURSO SOBRE SI, EN CONCURSO DE OPOSITORES A BENEFICIO DE CURADO, DEBE SER PREFERIDO, caeteris paribus, EL BENEFICIADO AL QUE NO LO ES, EN LA PROMOCION DE DICHO BENEFICIO", Lima, 1664, en 4o.

Vide: Polo, art. cit. en "Dos Controversias hist. "Lima, 1925, p. 154 y 55). García Calderón, op. cit.

ch) "D. IONNIS DE ESPINOSA MEDRANI PERVANI S. T. D. In Divi Antonii Magni Cozonac urbis tottius Novis Orbis etc. PHILOSOPHIA TOMISTHICA sev Cursvs Philosophicvs Duce D. Toma Doctore Angelico Peractvs etc. Tomvs Prior, Romae Ex Typographia Reu Ca., Apost. 1688. Svpriorvm Facultate".

Vide: Medina (Biblioteca Hisp. Amer. III, p. 350, n. 1814). — García Calderón también lo cita. Lo nombra, además el prologuista de "La Novena Maravilla". Entiendo que este debe ser el tomo de Lógica en latín a que se refieren Peralta (Lima Fundada,) Mendiburu (op. cit.), Cosío y Barreda.

d) "LA NOUENA MARAUILLA NVEBAMENTE HALLADA EN LOS PANEGIRICOS SAGRADOS QUE EN VARIAS FESTIVIDADES DIXO EL SOR. ARCEDIANO Dor D. Ivan De Espinosa Medrano Primer Canónigo Magistral Teforero Chantre y finalmente Arcediano de la Cathedral del Cuzco en los Reynos del Pirú. Presentólos con fineza. Al Orden del Gran Patriarca Sto. Domingo el Mto. A Real de la Gran Ciudad del Cuzco Dicipulo del Autor que la saca a luz y los imprime a fu costa". Existe en la Biblioteca Nacional de Lima.

Vide: Medina, (Bca. Hisp. Amer. III, p. 416, n. 1939) trae la carátula completa y el pie de imprenta: "Impreso en Madrid por Joseph de Rueda. Año de 1695". La tassa está firmada en abril de dicho año 95. V. Peralta, García Calderón, Barreda, Polo, también se refieren a este tomo, así como Cosío y los demás comentaristas. Polo, sin embargo, incurre en equivocación cuando dice que la edición fué hecha en Valladolid, el año de 1691. Salvo que exista otra, aparte la de Madrid.

El anónimo de los Anales del Cuzco la llama "Novena maravillosa": debe ser errata del editor.

e. "EL RAPTO DE PROSERPINA" auto, en quechua, representado con éxito en Madrid y también en la Corte de Nápoles, "en cuyo Real Palacio se representó en el año de 1677".

Vide: Prólogo a la Novena Maravilla: Angulo (Sta. Rosa de Santa María Est. Bibliog. p. 157-8). Cosío posee en Cuzco el manuscrito de este auto que no ha sido publicado.

f) DISPUTATIONE DE ACTIBUS HUMANIS: "Manuscrito inédito.

Dice García Calderón: "En el Catálogo de la casa Puttick and Simpson titulado "Biblioteca Peruviana" (Londres, 1873) se halla un manuscrito no descrito aún por los bibliógrafos y que describe así el librero bajo el No. 753: Espinosa Medrani (Joannis de) Disputaciones de Actibus Humanis M. S. neatly written en about 140 pages. 4o. Cuzco 17 th Cen".

g) Censura, del Dr. Juan de Espinosa Medrano en "Sermón en la solemnidad de la Virgen María, señora Nuestra, con título de la Antigua por Alonso Bravo de Paredes y Quiñones. --Lima, 1669.

Vide Medina (Imp. en Lima, I I, 99 y 100). Fué un sermón pronunciado en la Catedral del Cuzco.

h) Poesías y autos diversos.

La señora Matto ("D. Juan de Esp. Medrano") cita fragmentos de algunos, entre ellos, uno sacado del "Canto a la Religión y a la Cruz" escrito en quechua.

i) Crónica de la Catedral del Cuzco. Obra desconocida que, según la señora Matto, estaba en poder del erudito cuzqueño Caparó Muñiz.

Lo que se ha escrito sobre el Lunarejo

Presindiendo, naturalmente de alusiones sin mayor importancia, de las cuales hay copia en nuestra literatura, quiero simplemente señalar a los que han dedicado verdaderamente alguna atención a Espinosa Medrano, de cuyo patronímico, solemnemente castellano, existen vehementes sospechas que no fué el propio.

Don Pedro Peralta fué uno de los primeros que de él se ocuparon, aparte del minucioso prologuista de "La Novena Maravilla" que es a quien mayores luces debemos acerca del loador de Góngora. Peralta, es cierto, no tuvo reparos en elogiar a todos los escritores peruanos que conoció, por lo que bien poco valor puede darse a su comentario más, de todos modos, sería imperdonable omisión, pasar por alto el nombre del sabio Don Pedro, cima un día de la intelectualidad peruana, tipo representativo por excelencia del espíritu colonial.

El elogio de Peralta dice así :

Dispón la admiración para el que objeto,
 És de mí vaticinio esclarecido ;
 Del Helicón Pernano alto discreto
 Apolo, de sus Musas aplaudido ;
 És Espinosa, a cuyo fiel respeto
 Las Ciencias tal tributo havrán rendido,
 Que el veloz ejercicio de estudiarlas
 No aprenderlas será sino imperarlas.

(Lima Fundada, 1732, Canto V I I, Parte 2ª, oct. CXXVII)

El mismo Peralta añade en una de sus notas el título de la Apología (sic) y de varios tomos de Sermones, amén de una Lógica del Lunarejo: se ve que no conoció mucho la producción del ecalcausino.

Un anónimo autor que escribió los titulados "Anales del Cuzco" (Lima, 1901, págs. 145 y 172), da bases a la señora Matto para su estudio. Por tratarse de un diario hecho en época en que vivía el Lunarejo, es un testimonio de mucho valor.

El Padre Juan de Velasco, autor de la discutida "Historia del Reino de Quito" (1789 edición de 1844, Tomo I, pág. 198), refiere varias anécdotas de Espinosa y dice que le apodaron el Doctor Sublime, lo cual lo repite Polo.

Trató Clorinda Matto de llevar a cabo un estudio completo, aunque el exceso de estudio completo, aunque el exceso de literatura no da mucha fe a su relato publicado bajo el título de "Don Juan de Espinoza Medrano o sea el doctor Lunarejo", el año de 1887 (impresión de C. Prince) y, luego en Bocetos al lápiz de americanos célebres", (1890. La señora Matto copia varias poesías quechuas del autor.

Menéndez y Pelayo en su "Antología de la poesía hispano americana" (tomo I I I, 1894 y luego en su "Historia de la Poesía hisp. amer" (1913), elogia mucho a Espinosa, aunque incurriendo en algunas leves equivocaciones a las que he hecho mención en este estudio. Javier Prado le dedica algunas líneas en su "Genio de la lengua" (1927); García Calderón, aparte de sus alusiones en "La Literatura Peruana" (1914), reimprime el "Apologético"; Riva Agüero no puede dejar de nombrarlo en un boceto "Sobre el Monumento a Manco Capac" (Variedades, N° 509); Felipe Barreda la emprende contra él en su "Vida intelectual de la Colonia" (Lima, 1909, pág. 228). Ni Mendiburu no don Manuel Calderón, (aquél en el tomo I I I de su monumental "Diccionario", éste en su edición de "El Aprendiz de Rico", 1902), aportan mayores luces y pecan por escasez de datos. Polo, al rectificar a Mendiburu

acalaró algunos puntos, pero nunca tanto como el chileno Medina, quien deslindó la personalidad del Lamarejo involucrada con la de Espinosa de los Monteros, un poetilla de aquellos tiempos. También el Padre Domingo Angulo esbozó la silueta del Lamarejo en su libro sobre la bibliografía de Santa Rosa; y, en fin, el cuzqueño Cosío ha realizado serias investigaciones en torno a la personalidad y a la obra del autor del "Apologético", llegando, entre otras, a presumir que fué autor del "Ollanta" y del "Uscar Paucar", según lo deja entrever en su "Curso literario de Castellano".

BIBLIOGRAFIA

- 1600—1750.—Anónimo.—"Anales del Cuzco, Lima, 1901.—Impr. del Estado.—Prólogo de R. Palma. p. 145 y 172.
- 1695.—Espinosa Medrano.—La Novena Maravilla, ed. cit. Madrid, 1695. "Prólogo a los aficionados al Autor y sus escritos". Anónimo.
- 1732.—Peralta y Barnuevo.—Lima Fundada. Parte segunda. Canto VII, octava CXXVII y nota (99)
- 1789.—Velasco (Juan de). Historia del Reino de Quito. Imp. del Gobierno, ed. 1844.
Tomo I, lb. IV, Parágrafo 9, n. 32 pág. 192.
- 1878.—Mendiburu.—Dice. Hist. biogr. del Perú.—Lima.
Tomo III, pág. 73.
- 1878.—Polo J. T.—Crítica al Dice. de Mendiburu. "El Comercio", abril de 1878.—Dos controversias hist., Lima, 1925, pág. 154—55.
- 1887.—Matto de Turner. Don Juan de Espinosa Medrano, o sea el doctor Lamarejo. Imp. del Universo, de C. Prince. Dedicado a Monseñor Roca, 32 p.
- 1890.—Matto.—Semblanzas al lápiz de americanos célebres. Lima... T. I., p.
- 1894.—Menéndez y Pelayo. Antología de Poetas hisp. amer. Madrid. Tomo III, pág. CCVI y CCX.
Coronel Zegarra.—Biblioteca Peruana.—Lima. . . .
- 1902.—Calderón M.—Un Poemita del Lamarejo en "Apuntes hist. del Perú.—Lima.—p. 249.
- 1900.—Medina.—Biblioteca Hisp. Amer. Santiago, 1900
- 1904.—Medina. La Imprenta en Lima.—Santiago.
Tomo I, 264; II, 63, 99, 100, 202; III, 452-3.
- 1913.—Menéndez y Pelayo. Historia de la Poesía hisp. amer. Madrid. Tomo II, p. 189.
- 1914.—García Calderón. La lit. peruana.—New York, 1914.
- 1917.—Angulo, (P. D.), Santa Rosa de Santa María. Est. Bibliogr. Lima.—p. 157-58.

- 1917.—Prado (J.) El genio de la lengua y de la lit. cast. y sus caract. en la hist. intel. del Perú.—Lima.—p. 60 y 62.
- 1917.—Riva Agüero. Sobre el Monumento a Manco Capac.—"Variedades". Lima, n. 509, 1º de dic. 1917, p. 1237.
- 1920.—Cosío J. G.—Curso literario de Castellano, etc., Cuzco, p. 278.
- 1921.—Sánchez (L. A.)—Hist. de la lit. peruana. Los Poetas de la Colonia. Lima, p. 166 a 169, y 162—66.
- 1925.—García Calderón.—J. de Esp. Medrano. El Apologético. Reimpresión Revue hispanique. New York, París —Prólogo, p. 5 etc.
- 1926.—Fitzmaurice Kelly.—Manual de la hist. de la lit. cast. Buenos Aires.— p. 130-31.
- 1927.—Romero C. A.—La Imprenta en Lima.—Próxima a publicarse.

Luis Alberto SANCHEZ.

Investigaciones etnográficas

Leyendas tradicionales de los indios del
Oriente ecuatoriano recogidas por
el Marqués de Wavrin, delegado de la
Sociedad Belga de Americanistas

Leyendas narradas delante de mí por un viejo Napo, que decía haberlas sabido de sus antepasados. (Las dos primeras no me han sido repetidas por ningún otro, y no parece que son del Napo sino más bien del Putumayo). El indio que las relataba trabajó el caucho en el Perú, y reside en el bajo Napo, en donde está al servicio de una explotación florestal (de balata y tagua).

1º El agua y el cielo

El agua descende de los volcanes que forman todos los ríos. Los ríos corren hasta llegar al cielo y pasan por los países de los extranjeros. Allí donde tocan al cielo, no hay habitantes, pero se extiende allí grandes pastes en donde procrea ganado numeroso. Allí el cielo está sostenido por pirámides. El agua se desliza hasta allá, sube y vuelve por el firmamento para ir a derramarse en

un gran lago que llena, en lo interior de los volcanes de la cordillera. Por esto el agua no falta nunca. Cuando el agua que por el cielo se dirige al gran lago de los volcanes es detenida por un viento fuerte o cuando las nubes se encuentran, una parte de ella se derrama y cae como lluvia.

La tempestad no es sino una señal para anunciar la lluvia o el viento y para hacer saber a los hombres que Dios se acuerda de ellos. El día en que cesarán las tempestades se secará el lago, los ríos se agotarán, los volcanes reventarán, todo el mundo morirá.

2º El Sol

El sol viene de allá donde el cielo toca a la tierra, de allá donde se elevan las columnas o pirámides. Es hombre, de una especie única, encargado de aclarar la tierra durante el día. Sube por la bóveda del cielo y cuando llega al zenit se detiene para comer un toro entero que lleva de los pastos de levante y que su madre cuece y prepara para él, porque es celibatorio. El mismo toma este toro de los pastos, donde no hay hombres y de donde viene. Después de haberlo devorado, continúa su marcha hacia el occidente, no sin llevar una gran provisión de víveres preparados por su madre y que él come fríos. Llega al horizonte, desde allí se ignora por donde pasa: si desciende a la tierra o si la rodea por un lado; lo que se sabe es que a la mañana reaparece, que sale del agua, coge un toro y vuelve a subir por las pirámides.

3º La Luna

La luna es otro hombre que era casado. Pero era un "pícaro". Este tenía una hermana, y --bandido-- así que venía la oscuridad, se levantaba para ir a acostarse con esta última. Esta ignoraba quien era aquel que venía a visitarla. El se negaba a dejarse conocer; así, no consiguiendo que él se descubriera, curiosa, decidió ella valerse de una astucia. Recogió Yanipa (uito en español) fruto que tiñe como la tinta y que la emplean los indios para pintarse la cara y el cuerpo. Ella lo preparó y escondió bajo la cama. Cuando vino la noche, la luna su hermano, vino como de costumbre. Mientras estaba subido sobre ella, con precaución para que él no desconfiara, cogió la yanina a mano llena y la estrujó. Pasó entonces la mano húmeda por la cara de su amante, sabiendo que la mañana siguiente la huella de la palma y los dedos sería negra y que sería imposible borrarla. Cuando, en efecto, la luna se vió descubierta así y señalada a todos, tuvo vergüenza y se escondió en la selva. Encontró al monito (fraile) y le pidió que hiciera desaparecer estas señales que atestiguaban su

vergüenza. El wístiti lamió, limpió efectivamente un poco, pero no pudo borrar todo. Se fatigaba. Desde entonces tiene negro en contorno del hocico, (risas en el auditorio). Siempre avergonzado y señalado, la luna hizo un gran montón de seda vegetal y se subió encima. Estaba predestinado para aclarar el mundo durante la noche, y subió al cielo. Al presente queda siempre todavía la marca de los dedos de su hermana impresa en su rostro; es por esto por lo que a veces se esconde. Todo el mundo puede ver estas señales negras en su cara. Cuando ella aparece, su mujer que se quedó en la sierra metamorfoseada en pájaro "iluka", llora, acordándose de su marido. En cuanto a él, si no hubiera sido pícaro, sería igual al sol y aclararía tanto durante la noche como el sol de día, pero su cara está emnegresida.

Esta historia es narrada con frecuencia y regocija a los oyentes. Se me la contó sobre todo con esta variante: La luna era mujer, pero mala, así que oscurecía iba en busca de su hermano, la estrella de la mañana, etc. Cuando ella se muestra en nuestros días su viudo transformado en pájaro *iluka* llora y gime "ñuca-wa-milla", (mi mujercita).

4º El Tigre

Una tigre, escapada del diluvio vive en la montaña de Galeras (oriente del Ecuador, Norte del Napo). Allí está encadenada. Procrea allí cantidad de fieras que descienden de la montaña y se dispersan por el mundo. Cuando llega el momento del año nuevo todos los tigres abandonan la selva y vuelven a ver su madre, en torno de la cual hay siempre tigres en número incommensurable. Ella les pide noticias de la tierra, se informa de si existen todavía hombres y los animales de los que ella hacía su pasto. Ellos abren las fauces y las muestran vacías. "Tienen —según dicen— que alimentarse de grillos, saltones y otros insectos menudos, porque ya no existen hombres y están hambriados". En seguida regresan al lugar de donde vinieron. Esta tigre es más grande que la casa más grande. Si dejara la montaña de Galeras, en donde está prisionera, todo sería destruído por ella; sería el fin del mundo.

Variante de esta historia contada por indios de Loreto

Los indios eran numerosos y vivían más holgadamente que en nuestros días. Habitaban grandes pueblos, pero un tigre enorme de talla fantástica, aniquilaba a veces poblaciones enteras. Los brujos sabiendo que la estrella de la mañana era el hombre más

astuto y el más turbulento, fueron a implorar su ayuda. El se fue en busca de una vieja que había excavado galerías en la cadena de las montañas al norte del Sumaco, en la colina de Galeras. Con aquella decidió atraer a la fiera a la caverna y encerrarla allí. En efecto, también lo hizo, que la bestia se dejó persuadir y penetró en el antro, en donde se acostó ahita. Mientras tanto, el orificio fue cerrado de modo de asegurar su prisión y que no pudiera salir. Los jaguares, los pumas, los tigrillos, etc., tienen el encargo de ir siempre a visitarla allí y de llevarle que comer. Pero si percibiera el tuflido de la carne, despiertos sus instintos sanguinarios, lo forzaría todo y aniquilaría la raza humana; de modo que las fieras van a presentarla únicamente la "chonta", palmas, hojas, tubérculos, insectos, a fin de hacerle olvidar su alimento primitivo, asegurándole que ya no existen animales ni hombres. Alguna vez este tigre, hambriento, ruge cuando experimenta retortijones de estómago. Son estos rugidos los ruidos sordos, ampliados por las montañas, que escuchan los indios de cuando en cuando.

Otra variante de la misma idea del tigre encerrado en el Galeras, Contado por otro grupo de indios.

Cuando vivieron los españoles hacían esclavos y atormentaban a los indígenas. Los brujos de entonces se reunieron para discutir. Resolvieron que todos se retiraran en la selva a los rincones más retirados, en donde, para evitar que se los fuera a perseguir, se metamorfosearon en tigres de todos los colores, todos animales enormes. Los que penetraban en las selvas para ir a cazar eran devorados. Hasta los pueblos eran desolados. Las fieras hicieron tanto mal que los brujos de las poblaciones resolvieron poner fin a esta carnicería. Habiendo, pues, ayunado y absorbido **yanahuasca**, partieron a la descubierta y emprendieron la caza. Primero vieron un pequeño jaguar y no hicieron caso de él. Un tigre enorme se presentó en seguida a uno de ellos. Se trabó una lucha terrible. Finalmente la fiera sucumbió, pero llamó, y a sus rugidos acudió su hembra. Después de un combate encarnizado, ésta fue vencida a su vez, pero también ella llamó y su hijo vino a socorrerla. Ya se acercaba la noche, así, viendo que no volvía su compañero, los otros brujos que, gracias al narcótico, sabían lo que pasaba, fueron en su socorro y mataron a la joven fiera. Procuraron descubrir el lugar en que se escondían las bestias. Penetraron en una gran sala subterránea, en donde vieron suspendidas numerosas pieles de tigre, negras, mosqueadas, amarillas, etc. Intrigados, se ocultaron. Pronto vieron venir hombres que tomaban cada uno una piel de tigre y se cubrían con ella. Acudiendo entonces a la astucia, los condujeron hacia el cerro de Galeras. Cuando se hallaron to-

dos los tigres reunidos en una gran caverna cerraron el orificio por medio de una piedra enorme que tapa la salida y que se puede distinguir de lejos.

5º—Existe otra tigre; negra, de la talla de un toro, y que vive en el agua. Esta devora a los hombres que caen en ella. Felizmente vive en el agua, en regiones inhabitadas.

Un viejo Napo me asegura que un compañero, muerto en nuestros días, encontró a esta tigre en una playa. Por fortuna se hallaba él muy lejos y no fué notado, por esto pudo huir y salvarse.

6º **Creencia de un diluvio; mezcla con las enseñanzas de los misioneros.**—En otro tiempo la región estaba habitada por Dios y por los santos. Cuando los volcanes reventaron el país era plano. Estos volcanes derramaron lodo y el agua se llevó, subió, subió sin cesar. Dios había construido un gran vapor en el que entró con los santos. Así se salvaron, porque este vapor flotaba sobre el agua y subió. Cuando tocó la bóveda del cielo, Dios y los santos desembarcaron y penetraron en el cielo en donde se quedaron. Cuando el agua comenzó a bajar, el vapor, que flotaba siempre, fué arrastrado por la corriente y fué a parar a la tierra de los extranjeros. Esta tierra es elevada mientras que aquí (en América) no es más que una isla baja. Allí no hubo inundación.

Gracias a este vapor que se quedó allá, los extranjeros aprendieron a hacer los barcos, las máquinas y tantas cosas que ellos comprendieron observando el vapor abandonado por Dios. Con todo, dos montañas no fueron recubiertas por las aguas. Estas con el Sumaco (al norte del Napo) y el Quotoque (?) allí escaparon una vieja, sus tres hijos y un indio. De ellos descienden los vivientes. Cada vez que el agua subía e iba a alcanzar a la familia, la montaña subía. Tocó la bóveda del cielo, después a medida que el agua bajaba, élla descendía. Los pájaros llamados ninapizeco, porque tienen la cabeza de un rojo vivo, brillante, descienden del hogar de los hombres de antes del diluvio. La pluma se metamorfosea y estos pájaros conservan algo del aspecto de aquellos.

Antes no había vegetación en esta región; era una tierra blanda, amarilla. Cuando ella se endureció, mucho después del diluvio brotaron los arbustos, los árboles, el bosque creció. Los indios que entonces habitaban aquí no hablaban el quichua sino una lengua cuyo recuerdo está olvidado. Podían conversar con los animales y los pájaros y eran totalmente salvajes.

El Papa de Roma les envió el rey inca para instruirles y enseñarles el quichua y la civilización. Este inca vino hasta la montaña de Satas (Alto Napo). Allí quiso edificar una ciudad. Había traído un negro a quien encargó de conducir todos los materiales necesarios pero el negro no tuvo la fuerza de terminar esta tarea. Fue entonces metamorfoseado en pájaro "trompetero". Con transportar tantas piedras, tierra y todos los materiales tenía la espalda

herida. Es por esto por lo que los pájaros que descienden de él tienen la parte posterior del dorso gris y que sus plumas son gastadas (casi como a agrette). No pudiendo establecer su capital en el lugar que había escogido desde luego, el rey inca fue a fundar otra en todo el zenit (Quito) que creó él tomando un toro por la cola y haciéndolo voltear y lo arrojó contra el suelo y de sus pedazos, de cada miembro o parte que estallaba se formaron los materiales: los edificios se levantaron. Esta ciudad centro del mundo y recuerdo del Rey Inca no puede ser destruída. El día en que los volcanes reventarán, arrojarán su lodo y la destruirán, todo el mundo perecerá. Si la ciudad de Satas hubiera podido ser edificada el mar se encontraría por allá, (al occidente) en lugar de estar del lado actual (Este). Desde que Quito fue creada la mar se extiende de este lado de las tierras.

He obtenido de un indio salvaje hecho prisionero y medio civilizado al presente, otra versión del diluvio. Este salvaje,—un Tuci —, pretendía no conocer las otras leyendas y creencias de los suyos. Era muy fatalista: poco le importaba la muerte o matar o ser muerto. Era por lo demás cubierto de cicatrices de heridas causadas por los lanzasos y decía haber matado por lo menos una decena de adversarios, porque tres grupos son enemigos entre ellos.

Su narración del diluvio irá en otra parte, porque no pertenece a indios del Napo, pues éste no es quichua.

Leyenda de las constelaciones.

Vivía una familia llamada Guata, compuesta del padre, de la madre, y de tres hijos, dos varones y una hembra. Cuando el pavil (especie de gran faisán) vino a cantar cerca de la casa, el marido dijo a su mujer que iba a poner una trampa para capturar al pájaro. "Los guataguagua qué comerán?", gritaba el pavil. (Guata significa año y guagua niño). El hombre puso mal la trampa y él mismo fue cogido por un pie. Fue pues lanzado sobre un árbol; su miembro sexual cayó a tierra. Al día siguiente como su marido no volvía y como se lo había ordenado, la mujer fue a ver. Le encontró muerto, suspendido del árbol y su miembro yaciendo por tierra. Ella recogió este órgano y lo llevó a la casa. Limpió un buen rincón de tierra, hizo un agujero, puso en él el miembro y le cubrió con una olla. En seguida hizo mucha chi-

cha (bebida fermentada hecha de la yuca mascada) que guardó en grandes ollas. Los hijos prepararon grandes cultivos, abatiendo los árboles, preparando el terreno que la madre sembraba. En un instante ella sembraba enormes extensiones. Únicamente para el cultivo del tabaco se alargaba más; porque ella cogía el maíz y los porotos y los sembraba con una ligereza extraordinaria. Viendo que su madre preparaba tanta chicha que desaparecía cuando no había allí nadie, ningún extranjero en la casa, sus hijos tuvieron sospechas y el muchacho dijo a su hermana: "Tú te cambiarás en **cucaracha** y yo en **grillo**, para ver lo que hace nuestra madre". Así metamorfoseados, pasando inadvertidos se ocultaron en la cubierta de paja. De allí vieron que su madre levantaba la olla y que con un pie golpeaba el suelo y hacía un agujero de donde salía el miembro. Se sentó levantándose el vestido para que el miembro pudiese funcionar en ella. Enseguida se levantó, buscó la chicha que presentó al miembro quien la bebió toda. El grito del grillo en este instante lo descubrió. La mujer sacudió la cubierta, pasó por ella la mano, pero no lo encontró. Habiendo, pues, visto hacer a su madre, los hijos se pusieron de acuerdo. Prepararon una gran extensión de terreno para sembrar en él tabaco, que ella sembraba menos ligero, y enviarla allá. Durante su ausencia hicieron una cuerda de **chambira** (liana) que la hermana hilaba mientras el hermano torcía la cuerda. Quitaron la olla y con el pie, como habían visto hacer a su madre, golpearon el suelo. El miembro salió; ellos lo ataron y le tiraron. En este momento llegó su madre. Ella les amonestó, les preguntó por qué hacían aquello y mataban a su padre y les golpeó. —De despecho los hermanos huyeron y se fueron lejos, hacía el lado de donde sale la estrella de la mañana. Llegaron al borde de la mar que no pudieron pasar. Como estaban detenidos se presentó un cocodrilo que les preguntó si él hedía. Ellos respondieron que nó, en tonces él hizo sentar al más joven sobre su cabeza, el mayor se transformó en pájaro **munami**. El cocodrilo los llevó a la otra ribera, pero en el momento de saltar a tierra el hermano mayor dijo al cocodrilo que hedía; y él, de cólera, cogió una pierna del menor, la cortó y la tragó. El mayor no sabía cómo curar a su menor. Hizo un arco, muy fuerte y una flecha que lanzó contra el cielo. Un poco débil, no llegó a la meta y cayó a sus pies. Hizo otra más fuerte que esta vez tocó y quedó clavada al cielo. Cayó después, pero en el mar, que se secó totalmente. Mató entonces a todos los cocodrilos, cortándolos la lengua para que declararan en dónde estaba la pierna. Un último le avisó finalmente que aquél que la poseía estaba oculto en un agujero. El hombre fue a matarlo. Le abrió el vientre y retiró de él la pierna.— Pero no sabía cómo volver a colocarla. Lo preguntó al **comegén**, que por desprecio apellidaba machasapo (primo del sapo), (en esta época el machasapo hablaba), cómo podría curar a su hermano. El comegén le dijo simplemente que

durmiera la noche y que a la mañana siguiente la herida estaría curada. En efecto, el amputado se despertó sano y salvo de su herida.—Entonces volvieron a emprender su marcha, siempre y siempre hacia la estrella de la mañana. Encontraron primero un montón de excrementos de **sachaguagra** (danta o tapiro) y le preguntaron cuánto tiempo hacía desde que partió esta bestia. Aquel respondió que hacía muchos años. Prosiguieron su camino, encontraron otro montón que les dijo que hacía un año; otro más lejos dijo que hacía seis lunas, otro etc.....Hasta que al fin encontraron al animal, un medio día, y profundamente dormido. El mayor hizo una lanza con punta de gancho amarrada (esta lanza se ve en el cielo por la noche). Se la metió en el ano, atravezando el cuerpo que se dividió. La mitad posterior se cambió en vaca marina (pescado enorme) y cayó al agua; la delantera se transformó en tapiro. Sin esto el tapiro hubiera sido enorme; pero fue dividido, por lo cual el sachaguagra es de la talla que conocemos.—Continuaron hasta encontrar la liana que pende del cielo, al fin del mundo, (entre las columnas). Quisieron subir allá pero no pudieron. Se regresaron a buscar a su hermana, que había quedado con su madre, deseando obtener de ella la lora que poseía. Hicieron que ella se cubriera de lepra para que la madre la enviara a bañar al río; lo que sucedió en efecto, y ellos se la llevaron. Cuando llegaron a la liana que pende del cielo, enviaron a la lora Pigüiwicho para que subiera hasta arriba haciendo escalera en la liana con su pico. Cuando el pájaro dió la señal convenida para anunciar que estaba arriba en el firmamento, hicieron subir a su hermana con la canasta de la lora. Dada la señal por ella, el menor subió, llevando cuatro pescados que ellos pescaron para organizar una fiesta allá arriba. En seguida el mayor trepó a su vez llevando el garavato (arpón), las mandíbulas del cocodrilo y la **llica**, red con la cual habían pescado.—Allá arriba comenzaron la fiesta, hicieron mucha chicha y pusieron a cocer los pescados en dos ollas, dos en cada una. Cuando el agua empezó a hervir notaron que los pescados se multiplicaban. Mientras tanto sobrevino su madre que les alcanzó, llevando siempre el miembro de su marido. Ellos la reprocharon por seguirles, puesto que ellos la habían dejado y habían partido para desembarasarse de ella, y la golpearon; las marmitas se volcaron, todo se regó. Si no fuese por esto el pescado cocido se multiplicaría, y resultarían muchos de uno solo. De despecho su madre se metamorfoseó en pájaro guancagüi (**sarcoranfus**, faisán que come las serpientes) y voló, llevando en su pico el miembro de su marido. Es desde entonces por lo que este pájaro come las serpientes. Ella previno a sus hijos que siempre escucharían sus lamentos y después gritó "Huancahuanca". Los hijos, cambiados en estrellas, forman una constelación que, al principio del año trepa por la liana y camina en el fir-

mamento hacia el occidente. Llegados allá se metamorfosean en pájaros **guatiguacari** (especie de acuático) que, cuando las crecientes bajan el río sobre los troncos de los árboles flotantes, para, en el año nuevo trepar de nuevo por la liana y volver a hacer el trayecto. Cuando el cielo está sin nubes se ve por la noche a estos hermanos y hermana, la lora, el arpón, la red, la canasta, los pescados (constelaciones).

Creencias en divinidades del río.—Un caso reciente:

Ultimamente una canoa, maniobrada por una mujer y sus dos hijas fue arrojada por la corriente contra una palizada y se volcó. La proa penetró en el amontonamiento de troncos y ramaje hacia los cuales las mujeres fueron arrastradas. Lucharon por encaramarse y subir a las ramas de la superficie. Una de ellas anduvo feliz y pudo hacer pie. Ella ayudó a su madre a salvarse igualmente, pero mientras tanto su hermana había desaparecido. Todas las búsquedas hechas en seguida para encontrar su cuerpo fueron inútiles; la piragua sólo fue encontrada río abajo. Los padres consultaron entonces a los brujos para saber en donde se encontraba el cadáver. Los brujos habiendo bebido yanaguasca (el narcótico usado), les dijeron que era inútil continuar la busca. La joven vivía bajo el agua en el fondo del río en donde el espíritu del río habiéndola escogido para una de sus esposas, la había atraído. Este dios, se ha constituido, aseguran los indios, un pueblo con todos aquellos que ha atraído a su vivienda. Existe igualmente una diosa del agua, joven muy hermosa llamada yacu-huarmi.

Una divinidad o espíritu de la selva. Un espíritu de la selva, en general una mujer, se aparece a veces, sobre todo en los lugares apartados, y hace perder el sentido de la orientación. Uno muy viejo cazaba en compañía de su hijo. El joven se separó y esperaba a su padre cuando se le apareció una mujer, bajo los rasgos de su tía. Esta le invitó a levantarse para ir a ver un árbol allí muy cerca. El la siguió y de repente ella desapareció. El no supo ya donde estaba; anduvo, llamó en vano. No pudo encontrar a su padre. Sólo más tarde, mucho tiempo después, desembocó y fué visto, casi al frente del río Yasumí. Fue recogido por unos indios que pasaban en canoa. Había enflaquecido, estaba sin vestidos y por haber atravesado la selva estaba todo él cubierto de rasguños, se había alimentado exclusivamente de plantas y frutos silvestres.

Ultimamente, dos indios cazaban puercos **guanganas**, cerca de Armenia (aguas arriba del Coca). Uno de ellos pelaba un puerco mientras que su compañero continuaba la persecución. Entonces

pasó cerca del que estaba detenido un hombre blanco, barbado, vestido de fraile, de negro, con sombrero negro, y los pies desnudos. No había reparado en el cazador encorvado. Este escondido tras de un árbol levantó su fusil, pero no hizo fuego, temiendo que en realidad fuera un hombre y la visión pasó y desapareció en la espesura. El cazador contó este hecho a su patrón asegurando que había visto positivamente y que no era aquello una ilusión de su parte, que él no mentía. No hubo medio de persuadirle de lo contrario: y es éste un trabajador de los más **racionales** de Armenia. Numerosos hechos e historias de este género me fueron contadas: aún algunos blancos vacilan y creen en parte o dudan.

Todas las manadas de animales, sobre todo de puercos **guan-gana**, tienen su jefe, el espíritu que les acompaña, les dirige, según dicen los indios del Napo; éste les protege y a veces se aparece a los cazadores bajo tal o cual aspecto.

A veces también el diablo, el *supci*, se aparece, en general, más o menos en figura humana, para atormentar a las gentes.

Creencias de los loreto, los avila y Alto Napo en general

La tempestad es un hombre gigante que tiene las piernas más grandes que el cuerpo, la cara larga y seca. Las orejas se asemejan a las de los vampiros. Los relámpagos son el movimiento de sus orejas. El ruido del trueno es la fuerza de sus pies cuando corre de un lado a otro. La tempestad es, pues, producida por él, es que pesca la boa de la cual se nutre y que él llama anguila. Da grandes pasos y se escucha el trueno de un lado y de otro. Cuando duerme se mantiene acurrucado, la cabeza entre las manos, sus rodillas ocultan la cara y sus orejas sólo se mueven, éstas son las exhalaciones. Si no se mueve no se oye el ruido del rayo que es su marcha.

En otro tiempo una vieja llorona por sus lágrimas depositaba sal en el lugar llamado **cachihuanushca**. Esta sal no existe ya allí; la montaña se ha endurecido, transformado; no se ven sino vestigios, una piedra calcárea. Desde que la vieja partió y se fue al Guazagua, en el Perú, la sal se encuentra allá. Antes se venía a buscarla en el Napo. Pero para llegar allá era preciso pasar el lugar llamado Guacamayo porque allí solía estar apostado este pájaro que, así que veía una canoa, vo'aba y con sus gritos advertía a un enorme boa que la tragaba. Los brujos famosos del Marañón se reunieron. Resolvieron matar a esta serpiente que causaba tantos duelos. Absorvieron narcóticos, observaron un largo ayuno muy riguroso y remontaron el Napo. El primer brujo, armado de un cuchillo pasó primero el lugar funesto. El guacamayo advirtió al boa como de costumbre. Éste se tragó la piragua y el brujo se

encontró en el vientre del reptil, en una gran sala en donde estaban encerrados todos aquellos que habían sido devorados. El les habló; buscó en seguida en donde se encontraba el corazón del reptil, lo encontró y lo cortó con la ayuda de su cuchillo. El animal muerto ya, abrió la pared del cuerpo y todos salieron. Desde entonces las canoas pasan libremente por allí.

Existe un infierno como lo han enseñado los sacerdotes de los blancos, pero únicamente para castigar a los blancos y no para los indios, que tienen sus brujos y toman el narcótico yanaguasca. Ellos se transforman a su muerte en animales. Sus viejos de mal carácter se encarnan en los tigres; así el indio no teme a la fiera, en la cual reconoce un simple hombre como él. Cuando lo encuentra se lo dice y no vacila en trabar combate. Si está armado, si tiene un buen cuchillo, un machete, mata por lo general a la bestia, luchando de igual a igual. A veces en el curso del combate el hombre es herido, y hasta muerto, por su adversario, todo como entre dos guerreros. Después de haber vivido esta segunda vida, el indio va al cielo.

Estos indios se procuran a veces un puñado de una tierra roja que nadie ha podido descubrir de donde proviene. La depositan afuera contra las paredes de la casa, en donde la salpicadura de gotas de lluvia que bajan del tejado, la extiende. Esta tierra, si se cree a varios habitantes blancos establecidos en el Napo, aumenta en volumen. Algunos aseguran haberlo verificado! Los que quieren volverse brujos comen un poco de ella. Se convierten entonces en buenos médicos o en ma'hechores, de modo que no todos tiene el valor de intentar la prueba, porque Dios encarga a los brujos hacer el bien a la humanidad y no el mal. En castigo, los malos, transformados en esqueletos, son condenados a seguir las riberas del Napo, del que deben hacer la vuelta sin pasar por el agua. No teniendo sino una pierna, remontan la ribera derecha, contorneando todo afluente, todo riachuelo, toda quebrada, que encuentran. Llegan así a las fuentes del Napo, que deben rodear para volver a bajar y prosiguen hasta llegar, al fin al cerro de Galeas en donde, después de su muerte, se reúnen todos los brujos. Por todo bagaje estos esqueletos llevan su corazón en un pequeño saco suspendido por una ligadura delante del pecho.—Procuran matar a todo hombre que encuentran, porque el que consigue sorprender e inmolar a un viviente queda inmediatamente libre; su prueba llega al término, mientras que aquel a quien mató es condenado a reemplazarle, transformado a su vez en esqueleto y a continuar el viaje. Aquel que encuentra uno de estos espíritus no tiene más que un recurso: el de combatir, de matarle, cortando la cuerda a la que está suspendido el corazón. La tierra roja que aumenta en volumen es este corazón, según dicen los indios.

La tierra roja del diablo **supaiallpa** se forma, pues, del corazón de un esqueleto-espíritu, corazón enterrado por un brujo que se lo ha conseguido. Éste la recoge después en un vaso en donde inmediatamente comienza a aumentar y regada por tierra forma pronto un montículo. El que come de élla debe en seguida observar un período de 15 días de ayuno y absorber jugo de tabaco por la nariz. A su muerte es inútil enterrarlo, porque a la mañana siguiente, con toda seguridad, se lo encuentra extendido, desnudo, encima de la tumba, con la cara hacia el suelo, los vestidos con que se le había vestido han desaparecido. Queda un agujero por donde ha salido. El cadáver queda dos días y dos noches en esta posesión, se vuelve rígido, se endurece y en seguida desaparece. Ha partido, según dicen los indios, para emprender el viaje. Los compañeros del muerto están tan seguros de este hecho que vacilan en enterrarlo, pues dicen que es inútil, y para convencerlos invitan entonces a los blancos que son amigos, que bayan a comprobar personalmente que el cadáver ha salido de la fosa a la mañana siguiente. Los señores Alejandro Torres y Luis Michilena (antiguos habitantes del Napo) me han dicho que han sido invitados en diversas ocasiones, pero que han tenido miedo de ir a verlo. Fue, por lo demás, añadido, comprobado por un sacerdote que dijo que aquello era cosa del diablo. Estos indígenas dicen que son los blancos los que serán castigados por Dios por no creer en la brujería ni en lo que ellos ven bajo la acción del narcótico.

Leyenda y Creencia a Propósito de los Remolinos.

Los remolinos ocultan las puertas de otro mundo en donde viven vida feliz los que pudieron penetrar en él en una gran sala. Boas ocultos guardan las puertas y devoran a aquellos que cogen y que no están purificados por el ayuno y por la yanaguasca.—En otro tiempo, varios indios desaparecieron allí. Entonces los grandes brujos se reunieron. Ayunaron, abstuviéndose de todo contacto impuro, sin comer más que **unguragua**, absorbiendo jugo de tabaco por la nariz, tomando yanaguasca, evitando a la mujer, sin tocar nada ni acercarse al fuego de la cocina. Purificados así, después de tres meses de abstinencia completa, llegaron delante de los remolinos en los que se sumergieron. Encontraron las puertas, entraron y vieron este otro mundo. Resolvieron ellos que en lo porvenir las puertas no pudiesen ser encontradas a fin que ya nadie las franquease. A veces algunos se arrojan todavía en los remolinos, después de haberse purificado como conviene, pero no llegan a descubrir las puertas, porque los viejos brujos así lo han resuelto y aquellos eran verdaderos sabios y tenían más poder que los que viven en nuestros días y que no alcanzan la ciencia de los antiguos.

Los aerolitos son llamados piedra del rayo. Los indios los ponen a cocer y los comen para curarse de ciertas enfermedades. Conocen y comen igualmente una negra que mezclan con una composición de hojas, para metamorfosearse en tigres a su muerte.

PEQUEÑO CUENTO: --El mono Machín hablaba. Dijo al **maquisapa** (mono brazo-largo): "Tú eres negro, cómo tú que eres negro tienes cinco dedos en las manos como los runas (indios). Yo que soy blanco no tengo sino cuatro". Y le mostró sus manos escondiendo el pulgar. El maquisapa queriendo ser parecido se cortó un dedo de cada mano (en efecto le falta el pulgar). Entonces el otro se burló de él, diciendo: "Fonto, tú no tienes sino cuatro dedos, yo tengo cinco" y se los mostró".

Un Manifiesto importante

Alfredo L. Palacios, presidente de la
"Unión Latino-Americana"
a la Juventud Universitaria y Obrera
de los Estados Unidos

Jóvenes de Estados Unidos: Me dirijo a vosotros para expresaros el pensamiento y las inquietudes de la juventud de América Latina y os pido que por amor a vuestro país y al porvenir de toda la América, acojáis mis palabras con afecto y las meditéis serenamente.

Ante todo, permitidme que desvanezca un prejuicio: se ha dicho entre vosotros, por un eminente universitario de vuestro país, el doctor Rowe, que el movimiento iniciado por la institución que represento va en contra de Norte América. Tal afirmación es inexacta y procede de un error, seguramente. Lo que se propone como fin, la Unión Latino Americana, según indica su nombre, es promover la confederación de las Repúblicas de esta América, cuyo idioma y origen son comunes, para unificar su acción, defender sus intereses y realizar una obra constructiva que tenga por objetivo los ideales humanos. No creo que tales propósitos sean contrarios a vuestra nación, porque admitir eso implicaría atribuirle pretensiones inconfesables. La verdad es que nuestras aspiracio-

nes pugnan con el interés de esa "oligarquía constitucional y capitalista" que se ha adueñado de los destinos de vuestro pueblo y lo dirige y gobierna en su propio beneficio, conculcando el derecho y la justicia para apoderarse, por violencia o por astucia, de nuestras repúblicas aisladas e indefensas. Contra tal oligarquía que persigue tan desembozadamente sus fines egoístas, sin importarle arriesgar la paz de América, se dirige necesariamente nuestra acción, porque tiende a salvar y redimir de su actual servidumbre esas democracias desvalidas que van rindiéndose al yugo de la tiranía plutocrática.

Pero, ¿es que acaso la juventud, el pueblo sano y consciente de N. A. se solidariza con los actos piratescos de sus gobernantes, que sólo benefician a una minoría, a la vez que desgarran y mancillan la gloriosa tradición liberadora de los EE. UU.? ¿Acaso todo el pueblo norteamericano ha roto con su pasado, ha renegado de la memoria de Lincoln el generoso, sagrada a la humanidad? El ansia de libertad que revistió las palabras de vuestros próceres de un idealismo solemne cuyo acento resonaba halagador en el corazón de todos los esclavos de la tierra,—¿se habrá trocado, quizá, en un afán de dominio y de implacable tiranía, que proyecta su sombra sobre los pueblos como la garra fatídica de un ave de rapiña gigantesca que pretende devorarlos?

Esa es, ciertamente, la visión que va surgiendo de vuestra fuerte República, en el alma humana acongojada, que contempla con pavor transformarse en amenaza inminente, lo que fué una esperanza redentora.

Pero esa visión generada por los déspotas, por la voluntad inhumana e implacable de los sedientos del oro, que quisieran cobrar en carne viva el interés de sus capitales y transformar el género humano en una máquina vil de acuñar moneda, es imposible que corresponda a todo el pueblo de Norteamérica, a las masas que han forjado esa máquina imponente de poder en cuyo engranaje se hallan oprimidas y que absorbe lo mejor de su existencia; es imposible, también, que corresponda a la juventud, esa fuerza purificadora que lleva en sí la potencia germinativa por la cual se transforman las naciones y se renueva la humanidad.

No; yo sé que entre vosotros se ha planteado el mismo problema que ha surgido en nuestros pueblos: el de una generación cristalizada, de espíritu caduco, que detenta el poder y la riqueza, monopoliza las fuentes de la energía colectiva y las convierte en simple instrumento de su interés personal; y otra reciente generación, forjada al resplandor de la hoguera en que se inmoló a los pueblos, y que siente el peso de la conciencia de su propia responsabilidad.

Conocemos las ideas elevadas de esa moderna generación, y sus cálidas palabras, sus agrias imprecaciones, su crítica incisiva, han

reconfortado nuestras almas, porque hemos sentido en ella palpitar el mismo anhelo de redención, de mejoramiento humano que nos acucia a nosotros; y hemos comprendido, entonces, que no se ha roto la tradición de los libertadores primitivos; y que esa Norte América imperialista cuyo ideal exclusivo es la conquista del dólar, sólo es la desviación, engeñecida y desatinada, del verdadero pueblo de Washington.

También se hallan sojuzgados, en general, nuestros pueblos por esa generación de mentalidad petrificada y de instintos egoístas que no conoce otro Dios que su bien material más inmediato; sólo que la oligarquía capitalista cuya voluntad impone la ley a vuestro pueblo es activa y dominante, proyecta en forma absorbente sus energías invasoras sobre las demás naciones, a las que pretende someter; mientras la nuestra es pasiva y se deja conquistar traficando con la vida, la libertad y la riqueza de sus propios compatriotas.

El poder mecánico de vuestro país es asombroso y desconcertante. Poseéis la mitad del total de "caballos de fuerza" de todo el mundo y más de la mitad del oro que poseen juntas todas las naciones. Sois, además, los acreedores de todos los pueblos.

Vuestro capitalismo que tiene a su servicio la maquinaria del gobierno, es imperialista y marcha vertiginosa, agresiva, locamente,—arrasando con todo, para ensanchar el mercado y exportar capitales, en gran parte a nuestros países que pierden su soberanía, convirtiéndose en colonias, envueltos en las redes de vuestra diplomacia financiera. Penetración económica e intervención política marchan juntas. Así en Panamá, Santo Domingo, Haití, Nicaragua, Cuba, simples protectorados. En Haití, donde vuestro gobierno dió el monopolio de las finanzas al "National City Bank", se estableció la esclavitud temporal por vuestras fuerzas. Tenéis a la mano los informes del Cuerpo de Marinería de vuestro país.

¿Es ésto, una fatalidad de la historia? Niego que el proceso humano sea sólo el movimiento ciego de las fuerzas económicas. El hombre actúa bajo la influencia del medio social, pero vive también por el espíritu en el universo. Y vosotros, jóvenes que sentís la inquietud de los destinos humanos, que sois fuerza renovadora y os alienta un ideal, podéis transformar a vuestro país, deteniendo el proceso brutal de materialización que conduce a la ruina.

Por eso me dirijo fraternalmente a vosotros, sabiendo que han de escucharme corazones amigos. Aspiramos a romper la artificiosa muralla que nos separa y entablar a través del continente un diálogo cordial como entre hermanos de lucha que pugnan por los mismos ideales. Voy a hablaros, por tanto, francamente, libre de prevenciones y reservas, revelando plenamente nuestro pensamiento sobre las cuestiones que a todos nos afectan. Necesitamos reflexionar, meditar serenamente para elegir el sendero que debemos emprender. Atravesamos hoy una encrucijada de los destinos hu-

manos en que a causa del derrumbamiento de los antiguos valores podemos escoger cualquiera ruta. ¿Seguiremos el camino trillado de nuestros padres, cuyo suelo está amasado en lodo y en sangre humana y que sabemos conduce a los grandes mataderos donde se inmola a la especie en aras del Moloch de la Victoria, del capitalismo despiadado? ¿O entraremos en la senda que conduce al corazón de la humanidad para cumplir los destinos superiores donde se unifica el interés y el ideal de todos los hombres?

Si nos sentimos capaces de asimilar las lecciones de la historia, las enseñanzas de la experiencia que nos muestran claramente el porvenir, no tenemos más remedio que volver las espaldas al pasado y a costa de nuestro esfuerzo, aún con nuestro propio sacrificio, abrir un camino nuevo a través de la selva enmarañada de bastardos intereses, para arribar a un sitio fecundo donde la tierra sea pura, el aire respirable y las aguas no estén emponzoñadas.

Repito que nuestro caso es en esencia idéntico al vuestro, aunque sea opuesto en la forma; porque los ejes humanos han realizado una virazón que empuja al hombre hacia tierras inexploradas, incitándolo a seguir estrellas hasta ayer desconocidas. No es una sola nación sino la tierra entera, la que entra bajo la influencia de un nuevo signo portador de esperanzas luminosas para el alma fatigada de los hombres.

La generación caduca, conservativa y retrógada en cuyas manos se encuentra todavía el destino de América, ha cumplido ya su ciclo y solo puede estorbar la marcha hacia lo futuro. La característica esencial de los que forman esa generación, en todo el mundo, es la falta de sinceridad y de fe en el porvenir del hombre. Entre sus actos y sus palabras hay un abismo insalvable, irremediable contradicción de la cual en ciertos casos ni siquiera se dan cuenta, tan natural la suponen. Desconocen y desprecian las realidades humanas porque solo se atienen a las cosas. El hombre es para ellos un ente desdeñable al lado de los productos que ha creado. Clasifican a la humanidad según la posesión de esos productos. Quien nada posee no cuenta. Mil veces más importante es un yacimiento mineral que un vigoroso plantel humano. La solidaridad no existe más que para defender o acrecentar los intereses de clase. Si no fuese indispensable elaborar los productos y fecundar la tierra, suprimirían de buen grado a toda la masa humana para abandonarse libremente a sus placeres. El capital para ellos, siempre es patriota y extranjeras las ideas. Pretende amar a la patria sobre todas las cosas, sobreentendiendo en ella su propio patrimonio, y la ponen por encima y aún aparte de toda la humanidad, no obstante manifestarse fieles creyentes del cristianismo cuya índole es esencialmente universalista. Les sustenta la contradicción en lugar de perturbarles. Lo único que les perturba es cualquier indicio humano que perciban en los productores

de la riqueza. Los substituirían de buena gana por autómatas para desterrar en absoluto el peligro y la manía de pensar. Han puesto el fin de la vida en el disfrute pacífico y leal de las riquezas acumuladas. Se han embriagado con el poder y estiman su único Dios al signo que lo produce. Para conquistarlo adoptan la máxima jesuítica de que el fin justifica todos los medios.

Así en los países pobres encarcelan y destierran a sus adversarios tildándolos de enemigos de la patria y de las instituciones, mientras pisotean a éstas y entregan la nación al extranjero. Y en los ricos y potentes, como el vuestro, se erigen en defensores del derecho universal y los ideales patrios y en nombre de ambas someten a los pueblos desvalidos sujetándoles al yugo de sus propios intereses; y cubren de oprobio el nombre de su país, mancillándole con el estigma que merecen los pueblos desleales y opresores que proceden cual los malhechores públicos.

Vuestro actual Presidente Coolidge, es el ejemplo representativo de esto último. Quienquiera que haya leído su libro "El precio de la libertad" le habrá considerado un paladín de los derechos humanos, de la moral y de la justicia, y habrá admirado en él su clara visión de que el peligro real de los Estados Unidos, no consiste en el debilitamiento del poder, "sino en las intenciones que rijan el uso de su gran poder". Habrá observado, también, que se da cuenta de que "a menos que los americanos no continúen viviendo en algo más grande que lo presente, **que no sean dirigidos por algo más que por las ventajas materiales** perecerán, como han perecido otras naciones, a manos de un pueblo dotado de una gran fuerza moral". Lógico es, en consecuencia, que el lector de ese libro haya supuesto que tal hombre se halla destinado a realizar un cambio fundamental en el proceder político de Norte América, a convertirse en agente y campeón de la solidaridad continental. Más he aquí, que ese apóstol ferviente de la moral, del derecho y la justicia humana, utiliza su cargo de Presidente de la nación más fuerte del mundo para ejecutar el acto más arbitrario e injusto que se pueda concebir. **movido por intereses materiales**, contra un pueblo indefenso de la América; hasta el punto de no hallar excusas valederas, ni siquiera ante sus mismos compatriotas, que lo reprueban abiertamente. Y atrae sobre su nación con este acto el ludibrio de la historia y el anatema y el odio de todos los hombres libres.

Tal es la manera típica de proceder de esa gastada generación, a la cual me vengo refiriendo. Se manifiesta en teoría genuina defensora de los ideales consagrados y en la práctica, resulta obediendo a los intereses más contrarios a la esencia del derecho.

Esa irreconciliable contradicción entre las doctrinas y la realidad, es el patrimonio universal de la generación que ahora declina.

y abre un abismo de oposición antagónica entre la masa y sus dirigentes. Ese abismo de desconfianza hostil lo debemos suprimir nosotros los que encarnamos la nueva generación espiritual.

Hemos de reconquistar la fe del pueblo haciendo que nuestros actos sean la materialización de nuestras palabras. Si la esencia de la realidad no se aviene con nuestras doctrinas será porque éstas son falsas; modifiquémoslas, en tal caso, para adaptarlas a la índole de la vida; pero no seamos nosotros los que fracasemos en la empresa de aplicarlas, por falta de integridad y rectitud; y sobre todo, no mantengamos ese funesto dualismo que es germen de injusticias y de claudicaciones, excusa tradicional y vergonzante de todas las tiranías. No es solamente la América (la del Norte y la del Sur) la que camina a su perdición por las rutas actuales, es todo el Occidente el que se desploma, suscitando, a la vez, el alzamiento de los pueblos orientales cuya avalancha ya se vislumbra en el horizonte.

Nosotros, americanos,—porque también nosotros lo somos,—vamos, desde luego, a nuestra ruina, aunque por distintas direcciones. De no modificar la orientación que llevan nuestros países, los latino-americanos continuaremos cayendo y quedando sometidos a la implacable política del dólar, apoyada por las bayonetas y la escuadra de los nietos de Lincoln cuyas doctrinas de libertad se han trocado en instrumentos de opresión. Pero vosotros afrontaréis el destino de Alemania. Sufriréis una derrota semejante a la del emperador germánico y aún quizá mucho peor. Ya habéis substituído con ventaja el poder y la ambición de los teutones, basados, también en el desenvolvimiento capitalista; sus ejércitos los poseéis en la escuadra numerosa y en las repletas arcas de oro. El mundo entero os es tributario; le tenéis preso en las mallas acerradas de vuestra red económica. Vuestra plutocracia es insaciable: no bastándole la posesión de casi todo el oro existente trata de adueñarse del tesoro petrolífero y gobierna para ello la diplomacia mundial. Ha heredado, así mismo, de la extinta dinastía alemana, su altanería, su insolencia, su orgullo desmesurado de señores de la fuerza, sin cortapisa ni contralor para quienes los tratados únicamente eran válidos cuando les favorecían.

¿En qué emplean ese poder vuestros oligarcas? La tierra entera es testigo de que no es en beneficio humano; y de que sólo difiere de las viejas autocracias imperialistas en sus métodos modernizados. Ya vuestro gran "condottiero", Teodoro Roosevelt, se apresuró a refutar a Wilson, declarando que no era exacto que Estados Unidos luchara por abrir camino a la democracia del mundo, lo que confirmó luego el gobierno norteamericano. No es cierto, efectivamente; la democracia del mundo y el bien de la humanidad son contrarios a los intereses de los plutócratas yanquis; es el dominio del mundo lo que persiguen y en lo que ya están bastan-

te adelantados. Ellos no toman en cuenta las lecciones de la historia. Tampoco advierten que el mundo tiene hoy mayor unidad y más conciencia viviente que en los tiempos anteriores. Mas si es posible engañar y sofisticar a un pueblo no se reduce al engaño a toda la humanidad; ésta se halla aperebida, vigila y cela sus pasos, denuncia sus intenciones y teme su despótico poder. La conciencia universal ya los tiene juzgados y condenados. Detesta su ambición materialista y su hipocresía puritana. Ni la vida ni la libertad se recibirían con gusto de sus manos. Han deformado a su pueblo, imponiéndole "una disciplina de colmena que persigue un fin extraño a las abejas" y pretenden deformar la humanidad. Pero esto es un sueño vano, según demuestra la historia.

Si no conseguís desviarlos del camino de anexión, de absolutismo y conquista disfrazada que persiguen, surgirá el pueblo o la raza que se antepondrá a su paso y asestará sobre ellos el golpe decisivo, ejecutando un decreto ya dictado en el alma de la humanidad. Y entonces se hallarán solos, como se encontró Alemania en la hora del peligro. Porque como ya se ha dicho, más aún que reproducir, acentúan los procedimientos del procaz imperialismo germánico. Desprecian la tradición y la experiencia europea con suficiencia de advenedizos. Han decretado por sí y ante sí mismos, con infatuación ingenua, que son la raza elegida; superior, casi la única con derecho a la existencia. El "Dios está con nosotros" de los germanos lo han substituído, ellos, con el lema implícito de "Dios somos nosotros". Se rigen por el espíritu del viejo Testamento y aún quizá no han llegado a él; porque la inhumana ley de Lynch, es mucho más implacable que la del talión. Cultivan y estimulan como un deporte, en las masas inconscientes, la ferocidad de la caverna. Han resuelto la desaparición del negro como podría haberlo hecho el propio Jehová; y han decidido ignorar la existencia de la raza ibérica que ocupamos la América Latina. Han resuelto más aún; que no existe otra América geográfica. Así, de acuerdo con un antiguo y hábil político, Norte América es toda la América; y si todavía no es ya, lo será. Por lo pronto han tomado posesión del nombre y ello significa muchas cosas: Panamericanismo, de este modo significala en práctica, norteamericanismo, y la doctrina Monroe equivale a la anexión del continente. El hecho de que América Latina constituya las dos terceras partes de la superficie de este nuevo mundo carece de importancia, por virtud de su misma desunión. Y el de que esté ocupada esa tierra por una raza distinta de la del Norte, de tradición cultural más antigua, y depurada, es un detalle molesto y transitorio cuya existencia conviene disimular. Resulta, pues, que cualquier americano de habla ibérica que lea el libro mencionado de Mr. Coolidge, necesitaría palparse

para convencerse de que existe y de que no es fantasma de un ensueño escapado de la "Atlántida" de Platón; puesto que en un libro tan moral, tan religioso, tan defensor del derecho, donde se habla de América, de sus tradiciones y sus normas constantemente: donde se pretende definir nada menos que el objeto y el destino de América, no encontrará, ni siquiera por acaso, ningún nombre de país, de personalidad o hecho histórico, ni expresión de idiosincrasias y tendencias que den a entender que existe otra América que la del Norte. Únicamente aparece México, respecto de quien declara Mr. Coolidge en 1923 que están en guerra "no declarada" con él; aunque se guarda, naturalmente, de consignar que esa guerra efectiva y no declarada, tiene por causa los yacimientos de petróleo mexicano sobre los cuales reclama México sus derechos nacionales. No ignoramos que tal procedimiento ha adquirido la categoría de hábito y ha encarnado hasta en el lema de las embajadas; y que puede mantenerse impunemente a consecuencia del renunciamiento de nuestra raza hoy sumisa. Mas no deja de chocar y sorprender en un hombre tan moral como lo pretende ser Mr. Coolidge.

Puede oponerse contra ese procedimiento vejatorio de maquiavelismo subalterno, adoptado por la vieja generación norteamericana, que no sólo Norte América, no es América, sino que América, en realidad, no ha nacido todavía. No es ni puede ser América esa "tierra de las culturas sepultadas"; ese trasplante del puritanismo industrialista inglés, que ha tomado de América una parte del espacio, pero no las raíces ni el espíritu, ni la tradición de alma aborígen. Esa pretensión de que el norteamericanismo actual encarna toda la América no sólo constituye una usurpación de los derechos de América Latina, sino de toda la América contrahecha, donde no existe en substancia nada de origen americano. No; la América viviente brotará de la unión de toda América — desde la del Norte a la del Sur — y será el resultado de la fusión de sus distintas culturas y tradiciones, englobando el espíritu aborígen. Y si hemos de ser sinceros, declararemos que hoy somos nosotros, precisamente — con nuestro atraso y nuestra indolencia, — los representantes verdaderos de la América; los que nos hemos mezclado a la gente de la tierra, a los humildes autóctonos, depositarios, al fin, de la raíz y la esencia de la tierra, los que hemos adquirido las cualidades y los defectos de los que encarnan la tradición realmente americana, y hemos arraigado en este suelo y por lo mismo crecemos más lentamente, pero con más hondura también y con una índole propia. Porque es en extremo absurdo e irritante el pensar que un continente que estaba ya poblado por razas y civilizaciones antiquísimas como la incaica, la azteca, y la maya y la araucana, para no mencionar en este instante más que las

de esta parte de América, deba ser representado y todavía con un carácter limitativo, por una raza de origen europeo que se jacta de su espíritu excluyente y de su procedimiento de trasplante.

Por otra parte, el destino de América no es el de realizar un nuevo ensayo, con su fracaso correspondiente, de los intentos de imperialismo capitalista que ya reiteradamente han afligido al mundo con los caracteres de una enfermedad epidémica; sino el de tentar un experimento original, el del dominio del hombre, de la superación de todas las limitaciones, de clase, de religión y de raza, para alcanzar la fusión de la esencia íntima y universal del ser humano. No es posible explicar las pretensiones de exclusivismo racial de vuestras clases dirigentes en un pueblo formado por el torrente de toda la sangre humana. No es lícito sostener en el sentido étnico, que ha acabado revistiendo, vuestro lema de "América para los americanos", porque, además de ser injustificable, ni siquiera es posible definir a éstos, a no ser que se arrogue tal derecho la banca de Wall Street. Mas humano, viviente e idealista es nuestro lema de "América para la humanidad"; pues si, en efecto, América ha de cobrar realidad universal y corresponder a la época presente, como genitora del futuro debe ser una experiencia que supere esencialmente el fenómeno europeo y que integre la contracción de los dos términos de oriental y occidental, en una altísima síntesis de integración humana que practique la simbiosis y la fusión espiritual, en vez de la competencia darwiniana, propia del campo biológico.

Para eso, la Unión Latino Americana, se dirige a vosotros por mi intermedio, jóvenes de Norte América. No os pide ayuda, ni reclama derechos exteriores, ni menos solicita compasión. Si os dirige este llamado, es porque está segura de encontrar, al menos entre los jóvenes, entre aquellos más despiertos, un sentimiento fraterno, un eco cordial y un espíritu activo y vigilante capaz de comprender estas verdades y colaborar en nuestra acción. Es ahora ya de que América se realice - - la América integral que constituye una esperanza del mundo. - - Me es en extremo grato reconocer que vosotros habéis ya conseguido grandes cosas; habéis logrado imponer cierta igualdad exterior en el setido de abrir camino a las aptitudes dentro de condiciones determinadas y puramente individualistas; habéis encarnado el triunfo sobre la inercia europea y habéis llevado a su máxima expresión actual, la industrialización de la naturaleza. Pero habéis, a la vez extraverido la personalidad de vuestro pueblo convirtiendo a los hombres de la masa en autómatas, en instrumentos mecánicos de producción y permitido a los oligarcas capitalistas que asuman la dirección de vuestra energía nacional; y esto os llevará al fracaso si no reaccionáis a tiempo. Y vuestro fracaso puede ser de conse-

cuencias fatales para el mundo. Puede implicar la caída de toda la raza blanca y por tanto de la civilización del Occidente. Son, pues, supremos los intereses que tenéis en vuestras manos. Es necesario que realicéis un esfuerzo heroico, digno de la tradición de vuestro pueblo para imponer una nueva orientación humana. Debéis también renovar la democracia dándole estructura ética y carácter social que ensanche el radio de acción de la justicia, despierte los sentimientos colectivos y estimule y permita la ascensión de la personalidad humana.

De esta manera podréis robustecer nuestra tendencia renovadora y contribuir al florecimiento del porvenir que llevamos dentro. Por nosotros, iberos de América Latina, no hemos realizado nada todavía, pero nos hemos forjado un alma propia y abrigamos el germen de una nueva palabra del espíritu. De vosotros, en parte, depende que podamos pronunciar esa palabra. Reunidos los dos aspectos: el del espíritu y acción, pensamiento y voluntad, emoción y dinamismo, podremos completar la esfera humana y abrir una era fecunda en la evolución del mundo.

Si colaboran en esa empresa los "pioneers" de Walt Witman, los idealistas de Emersos, los irreductibles reformistas de Thoreau, lograremos conquistar el porvenir que reserva todavía para nosotros maravillas mucho más esplendorosas que las alcanzadas hasta hoy.

Vosotros, exploradores infatigables, tenéis una tierra virgen para descubrir y colonizar en el corazón del hombre. Vamos a explorar las minas de inagotable riqueza que hay ocultas, todavía, en el fondo del espíritu humano.

Alfredo L. PALACIOS.

Buenos Aires, marzo 13 de 1927.

Obras de autores uruguayos

remitidas a la Biblioteca Nacional de Quito
por la Nacional Montevideo

<i>Autor y título</i>	<i>Año</i>	<i>Fols.</i>
ABAD (Plácido).— El General San Martín en Mon- tevideo	1922	1
ACEVEDO (Eduardo).— Historia del Uruguay ..	1923	3
ACEVEDO (Eduardo).— Homenaje que le tributan	1916	1
ACEVEDO (Eduardo).— Ideas de actualidad	1917	1
ACEVEDO (Eduardo).— Informe sobre enseñanza.	1905	1
ACEVEDO (Eduardo).— José Artigas	1909	3
ACOSTA Y LARA (M.).— Tischey		1
AGORIO (Adolfo).— La sombra de Europa	1917	1
AGUSTINI (Delmira).— Los astros del abismo ..		1
AGUSTINI (Delmira).— El rosario de Eros		1
ALGORTA CAMUSSO (R.).— El Padre D. A. La- rañaga	1922	1
Anuario estadístico	Año.....	1924
Anuario "Imparcial"	1925	1
ALZAIBAR (J. C. de).— Don Francisco de Alzaibar	1926	1
BAYLEY MUÑOZ (J.).— Enajenación de bienes ..	1925	1
BECKERRO DE BENGÓA (M.).— Amputación del cuello	1927	1
BECKERRO DE BENGÓA (M.).— Cáncer uterino ..	1918	1
BECKERRO DE BENGÓA (M.).— Cáncer del útero.	1922	1

<i>Autor y título</i>	<i>Vols.</i>	
BECERRO DE BENGEOA (M.)—El crimen del bol- do	1921	1
BECERRO DE BENGEOA (M.)—Cuatro ideas	1911	1
BECERRO DE BENGEOA (M.)—El derecho de los pobres	1919	1
BECERRO DE BENGEOA (M.)—Dreño permanente	1918	1
BECERRO DE BENGEOA (M.)—Gotas amargas .	1922	1
BECERRO DE BENGEOA (M.)—Higiene social ..	1919	1
BECERRO DE BENGEOA (M.)—Lucha contra el cáncer uterino	1919	1
BECERRO DE BENGEOA (M.)—La navegación ge- mela		1
BECERRO DE BENGEOA (M.)—Originales intra- vaginales	1917	1
BECERRO DE BENGEOA (M.)—Pensión a los in- válidos	1919	1
BECERRO DE BENGEOA (M.)—Prostitución	1924	1
BECERRO DE BENGEOA (M.)—Reorganización de la Escuela de Música	1919	1
BECERRO DE BENGEOA (M.)—El radium en las embarazadas	1920	1
BELLAN (José P.)—¡Dios te salve!	1920	1
BELLAN (José P.)—Primavera	1925	1
BERRA (F. A.)—La salud y la escuela	1886	1
BIANCHI (Edmundo)—Perdidos en la luz		1
BONAVIA (Pablo)—Dosificación de urea	1918	1
BONIFACIO (V.)—Las alas de Ariel	1920	1
BRUM (Baltazar)—Solidaridad americana	1920	1
Canciones infantiles	1927	1
CARBONELL Y MIGAL (A.)—Escuela uruguaya	1924	1
CARBONELL Y MIGAL (A.)—Geografía física .	1925	1
CARBONELL Y MIGAL (A.)—Metodología		1
CARNELLI (Lorenzo)—Oribe	1925	1
CASAL (Julio J.)—Allá lejos	1922	1
CASAL (Julio J.)—Cielos y llanuras	1924	1
CASARAVILLA L. (E.)—Celebración de la Prima- vera	1913	1
CASTELANOS (Mario)—Selva sonora	1926	1
CASTRO (Juan P.)—Obras jurídicas	1923	1
CERUTI CROSA (P.)—El trabajo en la escuela ..	1926	1
CHIAPPARA (Leonidas)—Arquitectura espiritual		1
CIONE (Otto Miguel)—Caraguatá	1920	1
CIONE (Otto Miguel)—Maula!	1920	1

<i>Autor y título</i>	<i>Vols.</i>
CLULOW (Alfredo S.)—Carlós Reyles	1923 1
CLULOW (Alfredo S.)—Tres ensayos	1924 1
Código de Instrucción Criminal	1926 1
COLLOR (Lindolfo).—Brasil- Uruguay	1923 1
Comentarios sobre la lucha antivenérea	1926 1
Constitución de la R. O. del Uruguay	1917 1
CORTINAS (Ismael).—Farsa cruel	1915 1
COSIO (Pedro).—Aspectos económicos del año ..	1926 1
COSIO (Pedro).—Economía y Hacienda	1925 1
COSIO (Pedro).—José Serrato	1922 1
Datos del Observatorio Nacional	1926 1
DELLEPLANE (A. L.)—Derecho administrativo.	1915 1
DELLEPLANE (A. L.)—La filosofía y su ensueño.	1916 1
DE MARIA (Alcides).—Cantos tradicionales	1920 1
DE MARIA (Isidoro).—Defensa de Montevideo ..	1888 1
DE MARIA (Isidoro).—Historia	1893 6
DE MARIA (Isidoro).—Montevideo antiguo 3º y 4º	1890 2
DE MARIA (Isidoro).—Hombres notables	1889 1
ESCALADA (Federico).—Enseñanza del derecho ..	1909 1
ESTABLE (Clemente).—El reino de las vocaciones	1923 1
ESTAPE (José M.)—La obra del Dr. E. Soca	1926 1
Eureka.—Nueva guía de Montevideo	1911 1
FERNANDEZ (C. J.)—Del cuartel	1911 1
FERNANDEZ SALDAÑA (J. M.)—El dibujante ..	1919 1
FIGUEIRA (G.)—Músicas del corazón	1921 1
FREIRE SILVAR (J.)—Jornadas	1919 1
FRUGONI (Emilio).—Bichitos de luz	1
FRUGONI (Emilio).—Los Himnos	1916 1
FRUGONI (Emilio).—Los nuevos fundamentos ..	1919 1
FRUGONI (Emilio).—Poemas montevideanos	1922 1
GARRONE (Carlos).—Letras de cambio	1926 1
GOMEZ (Juan C.)—Su actuación en la prensa ...	1922 2
GOMEZ (Juan C.)—Poesías selectas	1906 1
GOMEZ HAEDO (J. C.)—Las ideas políticas de Alberdi	1
GOMEZ HAEDO (J. C.)—Legislación mural	1927 1
GONZALEZ (Ariosto).—Crítica	1924 1
GUILLOT (Alvaro).—Lecciones de Derecho Civil ..	1926 1
HERRERA (Ernesto).—Teatro	1917 1
HERRERA (Luis A. de).—Acción parlamentaria ..	1914 1
HERRERA Y REISSIG (J.)—Las lunas de oro ..	1913 1
HERRERA Y REISSIG (J.)—Las Pascuas del tiempo	1913 1

<i>Autor y título</i>	<i>Vols.</i>
HERRERA Y REISSIG (J.)—Los peregrinos de pedra	1
HERRERA Y REISSIG (J.)—El teatro de los hu- mildes	1913 1
HERRERA Y REISSIG (J.)—La vida y otros poe- mas	1913 1
Homenaje a José E. Rodó	1920 1
IBARBOUROU (Juana de).—El cántaro fresco ..	1920 1
IBARBOUROU (Juana de).—Raíz salvaje	1
IMHOFF (Francisco).—Las dos llamas	1924 1
IPUCHE (Pedro L.).—Alas nuevas	1926 1
IPUCHE (Pedro L.).—Tierra honda	1924 1
JIMENEZ DE ARECHAGA (J.)—Gobierno y res- ponsabilidad	1916 1
JIMENEZ DE ARECHAGA (J.)—El voto de la mujer	1915 1
LAGARMILLA (Alejandro).—Fundamentos de la moral	1919 1
LAGARMILLA (Alejandro).—Jurisdicción volun- taria	1920 1
LAGARMILLA (Alejandro).—Partición entre vivos	1923 1
LAGARMILLA (Eugenio).—De la sociedad conyu- gal	1925 1
LARCEGUI (F. de S.).—Cataluña	1927 1
LARRANAGA (Dámaso A.)—Escritos	3
L. P. M.—Libro de lectura	1915 1
LAUXAR.—Rubén Darío y Rodó	1924 1
Legislación Municipal	1926 1
Leyes y reglamentos de la universidad	1916 1
Libro del Centenario del Uruguay	1925 1
LUISI (Luisa).—A través de libros y autores ...	1925 1
LUISI (Luisa).—Ideas sobre educación	1922 1
LUISI (Luisa).—Inquietud	1921 1
LUISI (Luisa).—Poemas de la inmovilidad	1
LUISI (Luisa).—La poesía de Enrique González M.	1923 1
LUISI (Paulina).—Plan de enseñanza sexual ...	1920 1
MAGARIÑOS (M. A.).—Redemptio	1912 1
MALDONADO (Horacio).—Los ladrones del fuego	1923 1
MALDONADO (Horacio).—La ofrenda de Eneas.	1919 1
MALDONADO (Horacio).—La onda de luz	1922 1
MALDONADO (Horacio).—Viaje a la tierra de los incas	1
MARTINEZ C. (V.).—Rapsodias paganas	1906 1

<i>Autor y título</i>	<i>Vols.</i>
MELIAN LAFINUR (L.)—La acción funesta	1918 1
MELIAN LAFINUR (L.)—Ecos del pasado	1909 1
MELIAN LAFINUR (L.)—Semblanzas del pasado	1913 1
MELIAN LAFINUR (L.)—Tres proyectos	1926 1
Memoria del Instituto P. de la Sífilis	1923 1
Memoria del Ministerio de Hacienda	1917 1
Memoria del Ministerio de Industrias	1912-13 2
MENDINAHARSU (J. Raúl).—La cisterna	1919 1
MENDINAHARSU (J. Raúl).—Selección de poesías	1926 1
MENDIONDO (R. V.)—Discursos	1913 1
Mensaje del Consejo Nacional de Administración	1926-27 2
MIRANDA (César).—Paternidad ilegítima	1926 1
MIRANDA (Héctor).—Las instrucciones, el año 13.	1910 1
MOREY OTERO (S.).—Constitución anotada	1924 1
NIN Y SILVA (C.).—Código Civil anotado	1925 1
NUÑEZ REGUEIRO (M.).—Anterosofía	1925 1
NUÑEZ REGUEIRO (M.).—El sionismo ante el nuevo derecho	1920 1
OLIVARES (Francisco).—Numismática nacional	1924 1
ORIBE (Emilio).—El castillo interior	1926 1
ORIBE (Emilio).—La colina del pájaro rojo	1925 1
ORIBE (Emilio).—El nardo del ánfora	1926 1
ORIBE (Emilio).—El nunca usado mar	1922 1
PALOMEQUE (Alberto).—El General Rivera	1914 1
PAOLI (A. E. C. de).—Cristóbal Colón	1924 1
PARKER (W. Belmont).—Uruguayas of to-day	1921 1
El parnaso oriental.—1835-37.—El T. 1º no apareció	2
PARRA DEL RIEGO (J.).—Antología de poetisas	1923 1
PARRA DEL RIEGO (J.).—Blanca Luz	1925 1
PARRA DEL RIEGO (B. L.).—Las llaves ardientes.	1925 1
PEREDA (Setembrino).—Los extranjeros en la guerra	1904 1
PEREDA (Setembrino).—Garibaldi en el Uruguay.	1916 1
PEREDA (Setembrino).—Paysandú patriótico	1926 2
PEREDA VALDEZ (I.).—El arquero	1924 1
PEREZ (Abel J.).—Educación común	1915 1
PEREZ (Abel J.).—De la cultura necesaria	1918 1
PEREZ CASTELLANO. — Observaciones sobre agricultura	1914 1
PEREZ PETIT (V.).—Cantos de la raza.	1924 1
PEREZ PETIT (V.).—Teatro	1912 2
PI (Wilfredo).—Antología gauchesca	1917 1

<i>Autor y título</i>	<i>Vols.</i>
Piiego general de condiciones	1926 1
PORRÓ FREIRE (A.)—Savia nueva	1925 1
QUINTEROS DELGADO (J. C.)—La Industria y el Estado	1926 1
RAMÍREZ (Carlos M.)—Escritos. Tomo 1º	1923 1
RANGUIS (Octavio).—Lengua francesa	1908 1
Reglamento de la Biblioteca Nacional	1921 1
REGULÉS (Eliás).—Versos criollos	1922 1
Relación de las obras de la Sección argentina	1926 1
Revista del Club Banco República	1927 1
Revista del Instituto Histórico y Geográfico	9
REYLES (Carlos).—Beba	1
RIESTRA (Solano).—Ladrillo viejo	1921 1
RIESTRA (Ulises W.)—Legislación notarial	1923 2
RODO (José E.)—Ariel	1
RODO (José E.)—El mirador de Próspero	1
RODO (José E.)—Motivos de Proteo	1926 1
RODO (José E.)—Nuevos Motivos de Proteo	1927 1
RODO (José E.)—El que vendrá	1
RODRIGUEZ (J. G. V. de).—Peldaños	1927 1
RODRIGUEZ (Yamandú).—1810.—Poema	1919 1
RODRIGUEZ FABREGAT (E.)—Conferencia ..	1927 1
ROOSEN REGALIA (C.)—Primeros vuelos	1920 1
ROSSELLO (Héctor).—Acción fisiológica	1927 1
ROSSELLO (Héctor).—La emoción	1925 1
ROSSELLO (Héctor).—Sueroterapia del carbunco.	1918 1
ROSSELLO (Héctor).—Vacunación anticarbuncosa	1918 1
ROSSI (Jelena).—Cauces profundos	1926 1
ROXLO (Carlos).—Historia de la literatura	1912 7
ROXLO (Carlos).—El libro de las rimas	1918 1
SAAVEDRA (A. M.)—La comedia de la vida	1927 1
SABAT ERCASTY (C.)—El vuelo de la noche .	1921 1
SABAT ERCASTY (C.)—Panthées	1917 1
SABAT ERCASTY (C.)—Vidas	1923 1
SALLAVERRI (V. A.)—Cuentos del Río de la Plata	1
SALLAVERRI (V. A.)—Los hombres de España.	1918 1
SALLAVERRI (V. A.)—La vida humilde	1922 1
SALTERAIN HERRERA (E. de).—Ansiedad ...	1922 1
SALLABERRI (J. E.)—Los charruas y Santa Fè.	1926 1
Salón de Estudiantes de Arquitectura	1924-25 1
SANCHEZ (Florencio).—El caudillaje criminal ..	1914 1
SANCHEZ (Florencio).—Obras. Teatro	1926 2

<i>Autor y título</i>	<i>Vols.</i>
SAYAGUES LASO (R).—Efectos jurídicos, contratos con tercero	1925 1
Sección argentina en la Biblioteca Nacional	1926 1
SCARONÉ (Arturo).—Diccionario de pseudónimos ..	1926 1
SCARONÉ (Arturo).—El gaucho	1922 1
SCARONÉ (Arturo).—Intercambio intelectual ...	1917 1
SCARONÉ (Arturo).—Uruguayos contemporáneos.	1918 1
SILVA VALDEZ (F.).—Poemas nativos	1925 1
Síntesis estadística	1927 1
SMITH (Agustín M.).—Adolfo Agorio	1919 1
SOSA (Julio María).—Maestros y escuelas	1916 1
SUSVIELA GUARCHI (F.).—Bacillus buccensis .	1915 1
Tentativas para la pacificación de la R. O. del U. .	1865 1
TERRA (Duvimieses).—Derecho civil	1925 1
TOME (Eustaquio).—La canción a las ruinas de Italia	1924 1
TOME (Eustaquio).—Derecho Penal Internacional.	1922 1
TOME (Eustaquio).—Jorge Maurique	1925 1
TORTEROLO (Leogardo M.).—Esbozo biográfico.	1925 1
TRAVIESO (Carlos).—Montem Video	1923 1
TRIACA DE BAEZ (L.).—El socialismo	1924 1
VALLEJO (C. M. de).—Las horas galantes	1914 1
VARELA (Luis).—Legislación de obras públicas ..	1925 1
VASSEUR (Armando).—Hacia el gran silencio ..	1924 1
VASSEUR (Alvaro).—Selección de poesías	1924 1
VAZ FERREIRA (C.).—Conocimiento y acción ...	1924 1
VAZ FERREIRA (C.).—Estudios pedagógicos, I ^a serie	1924 1
VAZ FERREIRA (C.).—Lecciones sobre Pedagogía	1919 1
VAZ FERREIRA (C.).—Lógica viva	1920 1
VAZ FERREIRA (C.).—Percepción métrica	1920 1
VAZ FERREIRA (C.).—Le pragmatisme	1919 1
VAZ FERREIRA (C.).—Los problemas sociales ..	1922 1
VAZ FERREIRA (C.).—Los problemas de la libertad	1915 1
VAZ FERREIRA (C.).—Propiedad de la tierra ...	1928 1
VAZ FERREIRA (M. E.).—La isla de los cánticos .	1925 1
VIANA (Javier de).—La biblia gaucha	1923 1
VIANA (Javier de).—Campo	1921 1
VIANA (Javier de).—Del campo y de la ciudad ...	1921 1
VIANA (Javier de).—Cardos	1919 1
VIANA (Javier de).—Gurí	1920 1
VIANA (Javier de).—Leña seca	1924 1

<i>Autor y título</i>	<i>Vols.</i>
VIANA (Javier de).—Paisanas	1920 1
VIANA (Javier de).—Potros, toros y aperitíves	1922 1
VIANA (Javier de).—Ranchos	1920 1
VIANA (Javier de).—Tardes del fogón	1925 1
VIANA (Javier de).—Yuyos	1926 1
ZENON DE LEON.—Así somos las uruguayas ...	1924 1
ZORRILLA DE SAN MARTIN (J.).—Conferencias y discursos	1
ZORRILLA DE SAN MARTIN (J.).—Discursos .	1923 1
ZORRILLA DE SAN MARTIN (J.).—La Épopé- ya de Artigas	1926 2
ZORRILLA DE SAN MARTIN (J.).—Poesías lí- ricas	1
ZORRILLA DE SAN MARTIN (J.).—Resonancias del camino	1
ZORRILLA DE SAN MARTIN (J.) El sermón ... de la paz	1924 1
ZORRILLA DE SAN MARTIN (J.).—Tabaré	1923 1
ZUBILLAGA (Juan A.).—Crítica literaria	1914 1
ZUM FELDE (Alberto).—Crítica de la literatura uruguaya	1922 1
ZUM FELDE (Alberto).—Proceso histórico del uruguay	1

Libros obsequiados por el Sr. Dr. Miguel
Abelardo Egas a la Biblioteca Nacional

<i>Autor y título</i>	<i>Vols.</i>
BEAUNIS y BOUGARD.—Nouveaux éléments d'Anato- mie descriptive	1
JACOUD.—Tratado de Patología interna.....	3
J. A. FORT.—Anatomie descriptive	3
TROUSSEAU y PIDOUX.—Tratado de terapéutica y Materia Médica	4
RECLUS, KIRNISSON, PEYROT y BOUILLY.—Ma- nuel de Pathologie externe	4

<i>Autor y título</i>	<i>Fols.</i>
GRASSET.—Maladies du systéme nerveux	1
GRISOLLE.—Tratado elemental y práctico de Patología Interna	1
NOTHNAGEL y ROSSBACH. Matière médicale	1
NIEMEYER.—Tratado de patología interna y terapéutica	3
DUBREUIL.—Médecine opératoire	1
DUJARDIN -- BEAUMETZ.—Clínica Terapéutica.....	3
GUIÉRIN.—Chirurgie opératoire	1
Anuario de Medicina y Cirugía.—1885	2
VELPEAU.—Anatomie chirurgicale	1
DOMEYKO.—Elementos de Mineralogía	1
DUJARDIN—BEAUMETZ.—La Higiene profiláctica..	1
DUJARDIN BEAUMETZ.—Higiene Alimenticia	1
Higiene Guinasca, Hedroterapia, etc.....	1
EDWARDS.—Elementos de Zoologie	1
CREUS.—Tratado elemental de Anatomía.....	1
MERIZALDE.—Epítome de los elementos de Higiene...	1
BOSSU.—Novísimo tratado de medicina.....	1
BEAUNIS.—Nouveaux éléments de Physiologie humaine	1
DESPRETZ.—Tratado de Física.....	4
BECLARD.—Fisiología humana	1
BOSSU.—Compendium médical	1
FONSSAGRIVES.—Formulaire thérapeutique	1
BRACHET.—Physiologie	1
BENELON.—Les Aventures de Télémaque	1
GOLDSMITH.—The Vicar of Wakefield.....	1
MEIDINGER.—Grammaire allemande pratique.....	1
VACCA BERLINGHIERI.—Des moyens de parvenir a la vessie par le rectum	1
BRAUN.— Nueva gramática alemana.....	1
FONSSAGRIVES. —Principios de Terapéutica general..	1
MONTMAHOU.—Manual de venenos	1
SANTOS.—Cirugía elemental veterinaria.....	1
HEINECIO.—Elementa philosophiae	1
BOUCHARDAT.—Nouveau formulaire magistral.....	2
SALIVAS.—Guía de alcaloidoterapia	1
PORTER.—Indice alfabético y sinónimoico de la última edición de la Anatomía humana descriptiva, de Sappey	1
PARKE, DAVIS y Co.—Manual de Terapéutica.....	1
T. CALDERON.— Catálogo de instrumentos de cirugía.	1
CRUVEILHEIR.—Traité d' Anatomie descriptive	(T 2)
FONSSAGRIVES.—Tratado de terapéutica	(T 3)

<i>Autor y título</i>	<i>Vols.</i>
MOYNAC.—Élémentos de patología.....	(T 2)
GRAVES.—Lecons de clinique médicale	(T 2)
ORFILA.—Elementos de química médica	(T 2)
WURTZ.—Traité élémentaire de chimie médicale.....	(T 2)
TROUSSEAU.—Tratado de terapéutica y materia médica	(T 3)
BOSCASA.—Tratado de Anatomía	(T 2)
FORT.—Anatomía descriptiva	(T 1)
TROUSSEAU y PIDOUX.—Tratado de Terapéutica y Materia Médica.....	(T, 1)